

J. V. D. Sappin

¡Proletarios de todos los países, uníos!

La

INTERNACIONAL COMUNISTA

REVISTA MENSUAL
ORGANO DEL C. E. DE LA
INTERNACIONAL COMUNISTA



EN ESTE NUMERO:

**UN AÑO DE GUERRA
IMPERIALISTA**

EL HAMBRE EN EUROPA

E. VARGA

El Libro más Importante de los Ultimos Tiempos



UNA OBRA TEORICAMENTE FUNDAMENTAL

P E D I D O S A :

Fondo de Cultura Popular, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Organo del Comité Ejecutivo de la
Internacional Comunista

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino

EDITOR: Profesor Ramón Berzunza Pinto

Año VIII

Octubre, 1940

No. 10

SUMARIO

EDITORIAL

Un Año de Guerra Imperialista 3

QUESTIONES TEORICAS Y PRACTICAS DEL MOVIMIENTO OBRERO

- L. TAYLOR: La Guerra Imperialista en Africa y sus Problemas 18
- G. FREIDRICH: La Cadena de las 21 Guerras, Gestación de la Segunda
Guerra Imperialista 35
- F. FÜRNBURG: En Torno a la Unidad de la Clase Obrera 46
- E. VARGA: El Hambre en Europa 59

GUESTIONES DEL LENINISMO

EL MARXISMO Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL

Dos volúmenes en los cuales se recoje la mayor parte de la obra del gran líder del proletariado mundial, realizador del socialismo en la sexta parte de la tierra, al frente del Partido de Lenin: el Partido Bolchevique de la Unión Soviética:

J O S E S T A L I N

Las personas interesados en el estudio de los fundamentos del marxismo-leninismo encontrarán en estos dos volúmenes una guía inapreciable para la comprensión y análisis de los problemas vinculados con el movimiento obrero internacional.

CUESTIONES DEL LENINISMO, un libro empastado, de 728 páginas, al precio de \$ 4.00

EL MARXISMO Y EL PROBLEMA NACIONAL Y COLONIAL, rústica, 308 páginas, al precio de \$ 2.00

Pedidos a:

Fondo de Cultura Popular, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Popular

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

EDITORIAL

Un Año de Guerra Imperialista

La guerra imperialista, que comenzó el 10. de septiembre de 1939 con los combates entre Alemania y Polonia, se convirtió inmediatamente en un gigantesco desafío entre Alemania y las fuerzas del bloque anglo-francés. Con implacable consecutividad la guerra fué atrayendo a su torbellino un país tras otro. Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica y Luxemburgo, que se convirtieron sucesivamente en teatros de operaciones militares, capitularon sin lucha o al cabo de una breve resistencia. Al poco tiempo, capituló también Francia. El territorio de estos Estados, a excepción de una pequeña parte de Francia, fué ocupado por las tropas alemanas. Italia —la cuarta potencia capitalista de Europa— entró en la guerra al lado de Alemania. Amandonando su posición de neutralidad y ocupando Tánger, España se dispone a participar directamente en la guerra. Un gran número de países africanos se han convertido en teatros de acciones efectivas de guerra: la guerra se desarrolla en el Líbano, en Abisinia, en las Somalias inglesa e italiana, en el Sudán anglo-egipcio y en Kenya. Un gran espacio que va desde Tarifa y Alejandría hasta Orán y Gibraltar se convierte cada vez más en un campo donde chocan también las fuerzas armadas de los enemigos. En el intervalo entre los combates de las tropas de tierra la guerra en el aire y en el mar continúa y se desarrolla con una actividad nunca vista.

A consecuencia de las acciones militares que se desarrollaron en el año transcurrido, ha cambiado la correlación de fuerzas en el campo de los Estados capitalistas. Alemania, después de haber alcanzado un gran número de triunfos, ha reforzado sus posiciones estratégicas. Se han debilitado seriamente las posiciones de Inglaterra, que perdió a su aliado principal: Francia. Este debilitamiento de las posiciones de Inglaterra en el continente europeo se refleja también en otras partes del mundo, sobre todo en el Lejano Oriente, donde se intensifica con rapidez la presión del Japón sobre Inglaterra. Pero Inglaterra, que, en primer término, es una potencia marítima, ha sabido conservar su superioridad en el mar, y las pérdidas de su flota han sido compensadas con parte de la flota militar y mercante de Francia, de Noruega, de Dinamarca, de Holanda, de Bélgica, que ella acaparó. Inglaterra cuenta, igualmente, con la ayuda de los EE. UU., que ocupan hoy una posición de "potencia no-beligerante". Cada vez con más precisión entre Inglaterra y los EE.UU. se constituye una alianza militar, que es evidente, entre otras cosas, por los

siguientes hechos: las negociaciones en virtud de las cuales se otorgaban a los Estados Unidos bases navales y aéreas en las islas inglesas del hemisferio occidental y la creación, por los gobiernos de los EE.UU. y del Canadá, de un Comité Común de Defensa.

A pesar de que algunos Estados europeos, atraídos a la guerra en el año transcurrido, fueron ya vencidos y se retiraron de la lucha, la guerra, en su conjunto, demuestra una tendencia, no a limitarse y reducirse, sino a ampliarse aún más. Y esto es perfectamente comprensible. La tarea básica planteada por los imperialistas en la guerra actual —el nuevo reparto del mundo, el reparto, no sólo de las esferas de influencia en Europa, sino también de las colonias— es una tarea que está aún lejos de haber sido resuelta. Al contrario, la guerra ha desatado en Europa nuevos nudos de contradicciones imperialistas. Ella prepara el terreno para resolver por la fuerza de las armas los problemas de la rivalidad de las potencias imperialistas en todos los continentes.

En el transcurso de la guerra ya se ha planteado la cuestión de la herencia colonial de los Estados vencidos: Francia, Holanda, Bélgica y Dinamarca. Igualmente, se hace cada vez más actual la cuestión del reparto de las colonias portuguesas. Se trata, pues, de la suerte de los imperios coloniales más grandes, después de Inglaterra. Pero el problema fundamental de la guerra es el problema de las posesiones coloniales del Imperio británico. Presintiendo una coyuntura apropiada, los imperialistas de diferentes países "puntualizan" ahora sus exigencias y programas con relación a territorios que se encuentran en manos de Estados que, evidentemente, no dispondrán de la fuerza suficiente para defender sus posesiones actuales frente a los apetitos de competidores más fuertes. En todos los extremos del mundo, las potencias imperialistas pasan, cada vez más resueltamente, de los argumentos "ideológicos" sobre la "justeza" de sus pretensiones, a la opresión y la esclavización de los pueblos, es decir, pasan a las acciones prácticas.

Con el pretexto de defender el hemisferio Occidental, la burguesía yanqui, bajo el rótulo de la llamada doctrina de Monroe, intensifica su política de expansión. Apresuradamente desaloja a sus competidores —Inglaterra, Alemania, el Japón e Italia— de los países de América del Norte, del Centro y del Sur. De esto, entre otras cosas, da fé la Conferencia panamericana, celebrada hace poco en La Habana. La burguesía yanqui aprovecha el hecho de que otras potencias imperialistas estén ocupadas actualmente en la guerra de Europa y del Lejano Oriente para convertir todo el continente americano en su monopolio comercial y en su exclusiva esfera de dominación; ella se esfuerza también por asegurar su dominio militar en el continente americano y en las zonas marítimas inmediatas a él. Levantando un griterío ensordecedor en torno al peligro de una invasión de América por ejércitos extranjeros y, en realidad, apresu-

rándose a realizar sus proyectos imperialistas de expansión, la burguesía yanqui construye una enorme flota y una aviación poderosa y crea un ejército de tierra sumamente numeroso. En los Estados Unidos se ha asignado, sólo para el año 1941, la suma astronómica de 12.000 millones de dólares que serán invertidos en la fabricación de armamento. Esta suma sobrepasa casi en tres veces el capital norteamericano invertido en Europa y es aproximadamente igual a todo el capital invertido por los EE. UU. en otros países, descontando las deudas de la pasada guerra imperialista mundial.

El Japón, por su parte, trata de aprovechar también la "alta" coyuntura creada por la guerra europea. En el campo de las clases gobernantes del Japón ocupan la supremacía los grupos que consideran el momento actual como el más indicado para realizar sus pretensiones en Indochina, en la India Oriental Holandesa. Esto constituye, por ahora, nada más que el "programa-mínimo"; luego se verá qué es lo que hay que hacer... Ante este programa, los imperialistas japoneses, naturalmente, quisieran apropiarse del botín chino; pero, como comprueban que sus fuerzas son insuficientes y como, por otra parte, chocan con la resistencia del heroico pueblo chino, buscan todos los medios para hacer capitular a la burguesía y a los terratenientes chinos. Se dan prisa por establecer un "nuevo orden" en China a fin de desatarse las manos y poder dedicarse íntegramente en el futuro a la realización de sus extensos planes.

Estos planes del Japón, igual que los primeros pasos que ha dado para su cumplimiento, evidencian una agudización rápida de las contradicciones capitalistas en el Océano Pacífico. Especialmente, se trata de las contradicciones entre el Japón y los EE.UU., entre el Japón e Inglaterra y también entre el Japón y Francia. La reciente capitulación de Francia ante las exigencias japonesas en la cuestión de Indochina y las concesiones de Inglaterra en la cuestión de Birmania han abierto todavía más el apetito del imperialismo japonés. Cada día hay nuevos hechos que demuestran la agudización de las contradicciones imperialistas en la zona del Océano Pacífico, de las cuales se deduce con toda claridad el creciente peligro de un choque armado.

De tal manera, el balance de la guerra durante el año transcurrido no ofrece ningún motivo para suponer que la contienda se aproxima a su fin. Justamente al contrario: ante nosotros hay no pocos síntomas que permiten afirmar que los imperialistas se apresuran a ampliar la escala de la guerra y a atraer a su órbita a nuevos países y nuevos pueblos. No sólo no ha sido superado el peligro de que la guerra actual se convierta en una guerra mundial, sino que este peligro es hoy más apremiante que nunca.

"El primer año de guerra europea toca a su fin", —dijo el camarada Molotov en su discurso en la VII sesión del Soviet Supremo de la URSS el 10. de agosto del corriente año. "Hay que considerar co-

mo más probable que en el momento actual nos hallamos en vísperas de una nueva etapa de intensificación de la guerra entre Alemania e Italia, por un lado, e Inglaterra, ayudada por los Estados Unidos de América, por otro”.

*
* *

En el año transcurrido no sólo ha cambiado la correlación de fuerzas en el campo de los Estados capitalistas: también ha cambiado la correlación de fuerzas entre el mundo del capitalismo y el mundo del socialismo. El capitalismo ha tenido que “estrecharse”: 23 millones de habitantes, sobre un territorio que ocupa más de 420.000 kilómetros cuadrados, han sido liberados para siempre del yugo capitalista. Este es el cambio más evidente a favor del socialismo entre todos los que han tenido lugar en el año transcurrido, aunque está lejos de ser la única parte positiva del balance.

Mientras los imperialistas destruyen en todas partes la independencia nacional y la libertad de los pueblos y “resuelven” el problema nacional a sangre y fuego, la Unión Soviética ofrece un gran ejemplo de solución del problema nacional por medio de la colaboración pacífica, fraternal, de una multitud de pueblos dentro de los marcos multinacionales del Estado socialista. El hecho de que haya aumentado de once a dieciseis el número de las Repúblicas Socialistas Soviéticas de la Unión no es sólo una expresión viva del gran crecimiento de la potencia de la URSS, sino también una brillante confirmación de la justeza de la política nacional leninista-stalinista. La indescriptible elevación de las masas populares de Ucrania y Bielorusia Occidentales, de Besarabia y de la Bukovina del Norte después de su liberación, el grandioso entusiasmo de las masas populares en Lituania, Letonia y Estonia durante los días en que, una vez establecido el Poder soviético, entraron esos países en la URSS — todo esto evidencia cómo la idea del socialismo y del Poder soviético es hoy cercana y querida, no sólo para los obreros, sino también para las amplias masas de campesinos y para la intelectualidad laboriosa.

Los pueblos, arrastrados por la burguesía y por su guerra a sufrimientos y desgracias increíbles, aprenden rápidamente, en las condiciones actuales, a deducir las enseñanzas de su propia y amarga experiencia. Ellos no pueden dejar de ver que, mientras el campo capitalista está abarcado por el incendio devastador de la guerra, la Unión Soviética, que realiza una política de neutralidad, una verdadera política de paz, ha asegurado a sus pueblos la felicidad y el florecimiento. Ellos no pueden dejar de ver que, mientras se destruyen Estados enteros, partidos políticos e ideologías en masa, cuando se quiebra toda la regularidad de la vida de los pueblos, cuando el hambre, las mutilaciones y la muerte afectan a millones de hombres y todo en torno suyo se estremece y se hunde, la Unión Soviética,

que "puede ahora hablar con voz potente en nombre de 193 millones de habitantes..." (Molotov), es un poderoso punto de apoyo de Arquímedes.

El ejemplo de los Estados del Báltico demuestra, una vez más, que, cuando los pueblos obtienen la posibilidad de determinar libremente su destino, entran rápidamente, sin vacilaciones, en el único camino justo que lleva a una vida esplendorosa y feliz: el camino del socialismo. Esto ocurre porque en las circunstancias actuales el socialismo no es un problema para discusiones abstractas y teóricas dentro de un círculo reducido de personas, sino un problema de vida o muerte para las naciones y los pueblos arrastrados por la burguesía al abismo de la guerra imperialista, llevados a la catástrofe por los políticos burgueses y por dirigentes socialdemócratas traidores. Y esto quiere decir que los lacayos socialdemócratas de la burguesía, que ayudan diligentemente a sus amos a desarrollar la guerra criminal, que se esfuerzan en apagar la convicción de la clase obrera en sus propias fuerzas, no han conseguido llevar esa causa vil hasta el extremo. Y no lo han conseguido porque el glorioso Partido Bolchevique, el partido de Lenin y Stalin, orienta con mano justa a la clase obrera y a los pueblos de la Unión Soviética por el camino de los triunfos mundiales del socialismo.

*
* *

¡Sí, es grandiosa y siempre invencible la fuerza de la doctrina de Marx-Engels-Lenin-Stalin; es grandiosa e invencible la fuerza del socialismo! El socialismo es la expresión concentrada de las ansias ocultas y a veces hasta imprecisas de una gran masa de gente, que habita en todos los continentes del mundo, que pertenece a todas las naciones y a todas las razas.

La idea de que "así es imposible continuar" se abre camino hacia el corazón y hacia el cerebro de millones de personas, que ayer creían firmemente en la solidez de los viejos regímenes. Esto se refleja hoy con gran fuerza entre los obreros, entre los campesinos y la intelectualidad laboriosa de los países capitalistas que buscan la salida del mundo oscurantista que les rodea, del mundo donde perviven las tinieblas medievales, que tratan de escapar a las insensatas destrucciones de la guerra y a la devastación de países enteros. ¡Nadie asesinará la fuerza del socialismo! ¡Esta fuerza no será quebrada con torturas, ni con cárceles, ni con campos de concentración! ¡No la asesinarán ni con bosques enteros de horcas! y, desde luego, menos la asesinarán con los gritos de que "el marxismo está muerto", de que todo lo que ocurre en esta guerra es una rectificación al marxismo.

La fuerza de atracción del marxismo de nuestra época, del marxismo de Lenin y Stalin, es tan intensa para los trabajadores de los

países capitalistas, que hasta los imperialistas más reaccionarios tratan, en todas partes del mundo, de presentarse ante las masas con una apariencia de "socialistas" y de partidarios de los "principios socialistas". Estos señores tienen en cuenta que los horrores de la guerra actual, para cuya descripción sería necesario el genio del Dante, descubren y ponen al desnudo una vez más no sólo ante los obreros, sino también ante las masas laboriosas no proletarias, lo absurdo y lo criminal del régimen capitalista.

Los trabajadores no pueden dejar de odiar al maldito régimen que ha crecido y se ha consolidado sobre los huesos y la sangre de los pueblos, que se esfuerza en prolongar su existencia por medio de la destrucción sistemática de gran parte de los valores materiales creados por los pueblos, por medio de guerras periódicas y cada vez más sangrientas, por medio del exterminio de miles de personas, de hombres y mujeres, de niños y ancianos. No puede dejar de indignar a las más amplias capas de los trabajadores, no puede dejar de encender la protesta el régimen que condena a una muerte lenta y dolorosa a decenas de millones de parados, que bajo ese régimen, no tienen ni siquiera derecho al trabajo. No puede dejar de indignar a las masas el régimen que las convierte en bestias de trabajo, que las priva de todos los derechos. No puede dejar de indignar a los trabajadores el hecho de que en la guerra, que supone una terrible catástrofe para las masas populares, los diversos Ford, Rockefeller, Krupp, De Wendel, Rotschild y demás acaparadores de riquezas, extraigan fabulosas ganancias del sudor y de la sangre de los pueblos. La guerra actual, con sus centenares de miles de víctimas, con sus millones de refugiados, con su hambre y con sus destrucciones inmensas, es el acta de acusación de mayor fuerza contra la burguesía que la ha desencadenado.

Pero la guerra imperialista, que ha demostrado a las más amplias masas trabajadoras lo carcomido y ulcerado que está ya todo el organismo capitalista, es una acusación no solamente contra la burguesía, sino también contra los dirigentes socialdemócratas, porque, sin su política de traición, la burguesía no hubiera podido arrastrar a los pueblos a esta guerra sangrienta. Al terminar la guerra de 1914-18, las masas obreras tenían ante ellas dos caminos. El camino que proponían los comunistas era el camino de la lucha revolucionaria por el derrocamiento del régimen capitalista, el camino difícil en que la clase obrera conquista el Poder y se apoya en la dictadura del proletariado, construye la sociedad nueva, la sociedad socialista, y avanza y marcha hacia el comunismo. La clase obrera de una sexta parte del globo terrestre, dirigida por Lenin y Stalin, eligió este camino glorioso. El otro camino era el camino de la conciliación con el capitalismo, el camino del "desarrollo pacífico del socialismo en el capitalismo", el camino que conduce a la catástrofe.

En el espejo de la guerra se dibujan hoy claramente ante la clase obrera estos dos caminos diferentes y sus frutos. Los dirigentes socialdemócratas, asustando a las masas con la suerte de las víctimas que caen en la lucha revolucionaria, engañándolas con las promesas de una vida tranquila, de bienestar y de paz en las condiciones de la llamada democracia burguesa, llevaron a la mayoría de la clase obrera a apartarse del camino revolucionario. La mayoría del proletariado siguió, efectivamente, a los Ebert y a los Bauer, a los Blum y a los Mac Donald, creyó en sus promesas mentirosas.

¿Cuáles fueron los resultados? En realidad, ocurrió, justamente, todo lo contrario de lo que prometían y pronosticaban los dirigentes socialdemócratas. Ellos arrastraron a los trabajadores al triunfo de la reacción más abierta, a la ruina y a los suplicios de las crisis económicas, a los desastres y a los horrores de la guerra actual. En cambio, el Partido Bolchevique, el partido de Lenin y Stalin, condujo a la clase obrera y a los pueblos de la URSS a la liquidación del capitalismo, al ascenso de todas las fuerzas creadoras de los pueblos, al florecimiento de la democracia popular, al triunfo del socialismo.

*
* * *

En este año de guerra imperialista, han variado considerablemente las condiciones en que la clase obrera lucha contra los explotadores y contra el capitalismo. Con fuerza especial han variado las condiciones del movimiento obrero en Europa, donde los resultados de la guerra imperialista se advierten con mayor nitidez que en otros continentes.

Ante todo, la guerra ha acelerado y descubierto la completa bancarrota ideológica y política de la II Internacional y ha conducido de hecho a la liquidación de su existencia como centro internacional organizado. La crisis actual de la II Internacional es sumamente más profunda que la crisis correspondiente a la guerra de 1914-18. La II Internacional llevaba en sí los microbios de esta crisis, incluso en los tiempos de conmoción de la estabilidad capitalista durante la crisis económica de 1929-1933, que destruyó las leyendas reaccionarias socialdemócratas sobre el "capitalismo organizado" y el "florecimiento eterno". Mucho antes de la primera guerra imperialista mundial, la II Internacional estaba ya minada en su interior por el oportunismo; pero exteriormente conservaba aún el aspecto de una entidad completa e intacta. En la víspera de la guerra actual, las cosas tomaron otro aspecto.

Ya antes de comenzar la guerra actual estaba minada radicalmente la unidad de todos los partidos de la II Internacional, se aceleraba el proceso de su descomposición y de su desmembramiento, su bancarrota ideológica y política. Este fué el resultado, por una

parte, de las innumerables traiciones de los dirigentes de la II Internacional (la rotura del frente único y popular —el arma más importante que podría haber impedido la guerra actual—; su política antisoviética y anticomunista; la traición a la causa del pueblo español; el apoyo a la política de Munich, etc.) y, por otra parte, fué el resultado del crecimiento de la influencia del gran país del socialismo, la influencia de la Internacional Comunista y de la idea del comunismo en las filas de las masas obreras socialdemócratas.

Los líderes de la II Internacional buscaban la salida a esta profunda crisis, ante todo, en una orientación total hacia el bloque imperialista anglo-francés, caracterizado por ellos como la encarnación de la "democracia y de la libertad". De hecho, esto profundizó todavía más la crisis en las filas de la II Internacional. Desde el principio de la guerra actual los dirigentes de la socialdemocracia ligaron el destino de la II Internacional al destino del bloque guerrero imperialista anglo-francés, y la capitulación de la burguesía francesa y de otros países no podía dejar de reflejarse, primeramente, en la II Internacional, no podía dejar de descomponer esta Internacional y, efectivamente, la ha descompuesto de hecho.

En la práctica, ha dejado de existir el partido socialista de Francia, la organización más fuerte de la II Internacional después del partido laborista inglés. El partido socialista francés se ha hundido vergonzosamente ante el crimen de sus líderes, se ha hundido como resultado del fracaso de la política de la burguesía francesa, que era la política de todo este partido. Los dirigentes del partido socialista, al prestar sus servicios de lacayos a esa burguesía, han ayudado a arrojar al pueblo francés a un infierno de sufrimientos tan espantosos como no había experimentado en muchos siglos de su historia.

Parte de los dirigentes socialistas, como Belin y Spinasse, quitándose cínicamente la careta, se han pasado abiertamente al campo de los verdugos del pueblo francés. El señor Belin, ministro del gobierno de Petain-Laval, se desvive, junto con el otro "socialista" e incluso "teórico" Spinasse, por uncir con más fuerza a las masas obreras francesas al carro de las "doscientas familias". Y el "líder" del partido, el conocido señor Blum, inventor de la política de "No Intervención", verdugo de la España revolucionaria, que pidió la horca para los comunistas en colaboración con su amigo el ministro Serol, pigmeo miserable que, unos meses antes de la vergonzosa capitulación, combatía histéricamente por una cruzada de los imperialistas anglo-franceses contra el país del Socialismo, este señor Blum "se ha retirado" ahora de la política, enclaustrándose para "descansar" en su villa aristocrática de la Costa Azul.

Pero las masas engañadas por los señores Blum. y Cía. no pueden retirarse con la misma facilidad de la catástrofe a que las llevaron sus traidores burgueses y socialdemócratas.

La mayoría de los obreros socialdemócratas, en Francia y en otros países, se encuentran ahora ante esta alternativa: ¿hacia dónde ir; cómo salvarse del precipicio? Nadie les responde a esta pregunta atormentadora, a excepción del Partido Comunista, el único partido que luchó contra la criminal guerra imperialista, que advirtió a los trabajadores de Francia que la política traidora de la burguesía y de sus lugartenientes socialdemócratas llevaba a la catástrofe, el partido que en las difíciles condiciones de hoy continúa su lucha abnegada por la liberación del pueblo francés, por el renacimiento de Francia sobre nuevas bases.

Ni la escoria de la reacción francesa, ni los partidos burgueses y socialdemócratas en quiebra son capaces de realizar la difícilísima tarea del renacimiento de Francia. Esta es una tarea que se halla solamente al alcance de la clase obrera, dirigida por el heroico Partido Comunista. Sólo la clase obrera, unida en la lucha y bajo una dirección revolucionaria, puede forjar un frente único de todo el pueblo trabajador de Francia, donde no habrá sitio para los capituladores y los traidores a los intereses de la nación. Sólo apoyándose en este frente del pueblo, la clase obrera se convertirá en el verdadero dirigente de toda la nación francesa y devolverá al pueblo francés—que ha grabado en la historia las páginas gloriosas de 1793, 1830, 1848 y 1871— el lugar que tiene derecho a pretender.

Los problemas que se plantean hoy ante los obreros franceses, especialmente ante los obreros socialdemócratas, se plantean también, en uno u otro grado, ante los obreros de otros países donde se manifiesta ya claramente la política de bancarrota de los dirigentes socialdemócratas y donde ha salido a relucir toda la putrefacción del socialdemocratismo. En Bélgica, donde el señor De Man, ese "astro teórico" de la II Internacional, presidente del Partido Obrero de Bélgica, se ha pasado abiertamente al campo de los enemigos más encarnizados del marxismo e incluso intenta "fundamentar teóricamente" su traición, no sólo a los intereses de la clase obrera, sino también a los intereses nacionales de Bélgica; esta traición cínica provoca la indignación hasta de muchos militantes del Partido Obrero de Bélgica, que comienzan a adivinar la política de De Man y compañía. En Dinamarca, los dirigentes socialdemócratas con Stauning a la cabeza, han puesto el rumbo hacia la autoliquidación de su partido, con el propósito de crear un "partido único" de la burguesía por medio de la fusión de todos los partidos gubernamentales. Tendencias parecidas surgen también en otros países, por ejemplo en Suiza, donde se ha creado en el cantón de Berna un Comité Ejecutivo único de todos los partidos burgueses, incluido el partido socialdemócrata.

La II Internacional ha sufrido un derrumbamiento sin precedentes; pero su "hediondo cadáver" continúa envenenando la atmósfera del movimiento obrero. Los partidos socialdemócratas prosiguen

todavía, en algunos países, su perversa causa. El socialdemocratismo sigue ejerciendo influencia incluso allí donde los partidos socialdemócratas dejaron de existir. En Inglaterra, el Partido Laborista conserva aún sus posiciones y su vieja influencia en el movimiento obrero. El Partido Laborista inglés, que está representado por once ministros en el gobierno burgués, intensifica ya su demagogia social: ahora trata de hacer pasar las medidas para la instauración de una economía de guerra como medidas "socialistas". Los dirigentes del laborismo inglés ayudan a sus amos imperialistas en la explotación reforzada de los trabajadores de la metrópoli, ayudan a los banqueros londinenses y a los lores ingleses a mantener domeñados a los pueblos de la India y de las demás colonias.

Por vez primera desde hace muchos años, se crea una base real para liberar a los obreros socialdemócratas de la influencia nociva de los agentes de la burguesía. Pero los comunistas saben que esta liberación no puede realizarse espontáneamente, automáticamente, sin grandes esfuerzos. Los comunistas se dan cuenta de que allí donde la socialdemocracia en quiebra no puede ya jugar su papel de pilar social de la burguesía, el capital financiero utiliza en otra dirección la influencia ideológica del socialdemocratismo entre las masas obreras, Aprovechando el estado de ánimo capitulacionista, la desconfianza, la pusilanimidad que los dirigentes socialdemócratas han inculcado con tanto celo entre los trabajadores, tratan de crear, bajo diferentes consignas demagógicas "anticapitalistas", "antiplutócratas" y hasta "socialistas", otro pilar social de la burguesía: el de los elementos proletarios desilusionados de la democracia burguesa, el de los elementos pequeñoburgueses y desclasados.

Este peligro es especialmente grande cuando decenas de millones de hombres han sido despedidos de la producción, carecen de medios de existencia, viven en un abismo terrible de miseria y de hambre. Pero esto, el problema de la liberación de los obreros y de las masas obreras y de las masas trabajadoras de la influencia de los agentes socialdemócratas de la burguesía y de otros, será resuelto como consecuencia de una lucha tenaz de los comunistas, como consecuencia de su esfuerzo por agrupar a las masas y, en primer término, a las masas proletarias, en un frente único de lucha contra el enemigo común. La bancarrota de la II Internacional no puede influir en una debilitación de la lucha contra el socialdemocratismo, sino que, por el contrario, debe reforzarla para dar el último golpe al socialdemocratismo y liquidar la influencia, en el movimiento obrero, de otras tendencias antimarxistas.

La guerra imperialista no sólo ha producido la bancarrota de la socialdemocracia: también ha modificado y modifica en otro sentido las condiciones del movimiento obrero y, en general, del movimiento revolucionario. La guerra ha puesto en el tapete no solamente el destino de los obreros, de los campesinos, de la intelec-

tualidad laboriosa, de la pequeña burguesía urbana, sino igualmente el destino de un gran número de pueblos y de naciones enteras. El problema del reparto del mundo es el problema de reconstrucción del mapa, del reparto de países y pueblos. Por esto, el problema nacional se convierte hoy en un factor político de primer orden para muchos países de Europa, constituídos desde hace mucho tiempo como Estados independientes. La vida de enormes masas de hombres depende de la solución justa del problema.

Este problema adquiere una enorme importancia, no solamente en Europa sino también en los otros continentes del mundo. Los otros pueblos coloniales y semicoloniales, que durante muchos años llevaron sobre sus espaldas el yugo del imperialismo, no quieren soportar más tiempo la esclavitud y la explotación imperialista. Los pueblos de los países dependientes quieren liberarse de todo yugo imperialista, quieren trabajar para sí y vivir una vida digna y humana, como se ve en el ejemplo heroico de la gran China nacional, que hace ya más de tres años que lleva a cabo una guerra abnegada por la patria, contra el imperialismo extranjero, por su independencia nacional.

La importancia cada vez más creciente del problema nacional, tanto en los países capitalistas avanzados como en los atrasados, facilita, con más amplitud que hasta ahora, la posibilidad de que la clase obrera gane a las masas para la lucha común contra el yugo imperialista, contra el imperialismo. La justa utilización de esta arma por la clase obrera multiplicará sus fuerzas, facilitará su lucha contra el enemigo de clase y le ayudará a movilizar y agrupar en torno suyo a todas las fuerzas progresivas, a diferentes capas sociales de cada país determinado y de otro número de países que estén igualmente interesados en existir como naciones independientes. Y los comunistas, discípulos de Lenin y Stalin, comprenden que esta lucha común de los trabajadores y de los pueblos de diferentes países, bajo la dirección del proletariado internacional, es el único método verdaderamente internacional, el único justo para resolver el problema nacional. Los comunistas, que aman a su pueblo, que sufren sus mismos tormentos y sus mismas penas, aprenden en las obras de Lenin y Stalin a comprender correctamente el significado creciente del problema nacional dentro del movimiento obrero internacional. Aprenden a hacer un análisis y un balance justo de la situación concreta en cada país y aprenden, por último, a establecer las deducciones indispensables para su lucha.

*

* *

El año de guerra imperialista ha creado nuevas condiciones para el movimiento obrero y, particularmente, para el movimiento comunista en el sentido que en la mayoría de los países, este mo-

vimiento se desarrolla hoy bajo una reacción desenfrenada, en medio de la represión y del terror, de arrestos en masa y de condenas draconianas, en las condiciones de una ofensiva burguesa contra los derechos y las libertades más elementales y contra el nivel de vida de los trabajadores.

En muchos países, donde ya existía el llamado régimen de democracia burguesa, la burguesía, con ayuda de sus agentes socialdemócratas, arrasó ya los restos de las conquistas sociales de los trabajadores que aún quedaban a salvo. No es casual el hecho de que la burguesía comience siempre su campaña contra los trabajadores, contra el pueblo, por la persecución de los comunistas: la burguesía y los políticos socialdemócratas saben, desde luego, que los comunistas son enemigos intransigentes de la guerra imperialista y de su creador, el capitalismo; saben que los comunistas son luchadores abnegados por los intereses de los trabajadores. Justamente por eso, ellos tratan de desacreditar a los comunistas ante los ojos de la masa. Por eso, la caza de los comunistas es hoy un hecho en moda, incluso en los países "ejemplares" de la llamada democracia burguesa, como Suecia o como Suiza en Europa, y como los Estados Unidos en el continente occidental.

Es, efectivamente, muy característico que la burguesía, que es quien ha ideado y preparado la traición nacional, ataque a los comunistas antes que a nadie. Así actuaron los traidores al pueblo español, la banda de Casado-Miaja-Mera-Besteiro y sus cómplices Prieto-Caballero. Así se movieron los traidores en Francia: los Weigand, Blum, Daladier y otros. Según la misma receta realizaron también sus viles manejos los De Man belgas y los social-traidores en Holanda. Con la bandera del "anticomunismo", tratan de disfrazar su traición los Van Tsin-Vei y los ayudantes de la derecha de la burguesía nacional china, todos los mercenarios enemigos de la libertad y de la independencia de China.

Ser comunista en los países capitalistas dentro de las condiciones actuales significa atraer sobre uno mismo los golpes más duros de la reacción. Ser miembro del Partido Comunista significa arriesgar el ser expulsado a la calle, sufrir hambre, privaciones, pasar por la cárcel y los campos de concentración y, a menudo, incluso renunciar a la propia vida. No existe ignominia ni bajeza, no hay barbarie que la burguesía, hasta la más "civilizada" y "democrática", deje de considerar como un medio apto y ventajoso en su lucha contra los comunistas. De ninguna manera constituye una excepción la falsificación de documentos y la organización de actos provocadores, de incendios y de explosiones en la casa de los periódicos comunistas, de atentados contra la vida de los dirigentes y los militantes del Partido Comunista. Todo esto entra en el arsenal indispensable de la burguesía cuando se trata de atacar a los comunistas. En el decantado país de la "democracia", en los Estados Unidos, la

burguesía ha creado una especie de inquisición moderna, simbolizada por el Comité del archireaccionario Dies, para la persecución de los comunistas y de los obreros conscientes de clase. Y la persecución es tanto más frenética, cuanto la burguesía teme más a su pueblo, cuanto las masas trabajadoras están menos de acuerdo con aguantar resignadamente las inmoralidades de sus explotadores.

El año de guerra imperialista ha constituido un serio examen para los partidos comunistas de los países capitalistas y no sólo porque ellos tuvieron y tienen que trabajar en medio de un terror creciente y de la reacción capitalista, en medio de la gran presión que ha sido desencadenada sobre ellos por parte del aparato gubernamental, de la prensa, de la radio, de los ministerios de propaganda y de todos los demás partidos políticos. Este año ha sido también un examen para los comunistas de los países capitalistas por la complicada situación política, sujeta a virajes inesperados, y que exigen firmeza, flexibilidad, seguridad de principios y una rápida orientación táctica para amoldarse a la nueva situación. Un año después de comenzar la guerra se puede decir que los comunistas han salido bien del examen a que fueron sometidos durante todo el curso de los acontecimientos.

A pesar del brusco viraje de la situación internacional, los partidos comunistas se colocaron en el camino justo desde el comienzo de la guerra. Ellos dieron, desde el principio, en lo esencial, una clasificación acertada de la situación y caracterizaron exactamente el sentido de clase de la guerra. Solamente los comunistas han dicho la verdad a las masas sobre las causas que han conducido a la guerra actual y sobre los objetivos que en ella persiguen los diferentes Estados imperialistas. Allí donde los primeros días fueron cometidos ciertos errores por comprensión deficiente del sentido de la política imperialista de los países como Inglaterra, Francia y los EE. UU., en relación con la simplificación de los conceptos "agresor", "fascismo" y "democracia", estos errores fueron rápidamente corregidos y liquidados en absoluto.

En este año, los comunistas de diferentes países han dado no pocos ejemplos vivos de fidelidad a la causa de la clase obrera, de convicción férrea lindante con el heroísmo. Ellos han demostrado en muchos casos su destreza para aprovechar hasta las más pequeñas posibilidades legales a fin de relacionarse con las masas. Ellos han puesto frecuentemente de manifiesto el vigor con que saben superar las dificultades del camino. ¿Quién desconoce, por ejemplo, la lucha valiente y abnegada de los comunistas franceses contra los organizadores de la traición nacional? ¿Quién no recuerda las palabras heroicas de los diputados comunistas de Francia ante el consejo de guerra, cuando ellos, renunciando a su propia defensa, siguiendo el glorioso ejemplo de los diputados de la Duma Zarista, el ejemplo de Liebknecht y Dimitrov, desenmascararon a quie-

nes los acusaban y, a su vez, se convirtieron en acusadores? O recordemos a los heroicos combatientes de la España revolucionaria, padeciendo en los campos de concentración de la Francia "democrática", pasando hambre y toda clase de sufrimientos, pagando a menudo con su vida por haber permanecido fieles a sus ideas, por no haber creído en las promesas de los imperialistas, por no haberse arrodillado ante sus amenazas y sus crueles represiones. ¿Hay, acaso, necesidad de hablar sobre los comunistas de China, que, con su abnegado comportamiento en el frente y en la retaguardia patentizan su resolución inquebrantable de llevar hasta el final la gran causa de la guerra de liberación nacional, junto con todas las fuerzas progresivas del país?

Durante la guerra soviético-finlandesa, en las condiciones de la instigación histórica de la reacción burguesa y socialdemócrata, los comunistas, sin ninguna vacilación, mantuvieron en alto la bandera del internacionalismo proletario. Ellos desenmascararon las ideas provocadoras de los imperialistas y de sus lacayos complacientes de la II Internacional — los Blum, los Citrine, los Honglund, los Tranmael — que intentaban volver contra la URSS el filo de la guerra. Y hasta partidos comunistas relativamente pequeños como el de Suecia, sobre el que han llovido las represiones como del "cuerno de la abundancia", han cumplido honrosamente su deber revolucionario ante su propio pueblo y ante el proletariado internacional.

A medida que empeoran los asuntos de la burguesía, a medida que le va siendo más difícil llevar a las masas al matadero y obligarlas a padecer nuevas torturas y nuevas privaciones, a medida que pierde o seguirá perdiendo su apoyo de masas, la burguesía tratará de paralizar más a la clase obrera por medio de la desorganización de sus fuerzas, por medio de la introducción en sus filas del estado de ánimo capitulador, de la inclinación fatalista ante lo "inevitable", ante los hechos consumados. Apoyándose en sus agentes socialdemócratas y otros, la burguesía se esfuerza y seguirá esforzándose cada vez más, por debilitar al proletariado con el veneno del nacionalismo bestial, oponiendo entre sí a diferentes grupos de trabajadores de un país y a distintas secciones nacionales del proletariado internacional. Pero en la misma medida, los comunistas se penetrarán de la conciencia de su misión, la conciencia de la misión de la clase obrera.

En su artículo **"El 1o. de mayo y la lucha contra la guerra imperialista"**, el camarada Dimitrov indicaba que, para que el proletariado internacional cumpla su misión histórica, es indispensable la unificación de las fuerzas de lucha de la clase obrera en cada país y la creación de un verdadero frente popular de los trabajadores bajo su dirección; es indispensable establecer una unidad internacional de acción del proletariado, la fusión de la lucha de los trabajadores de los países capitalistas con el movimiento anti-imperia-

lista en las colonias y en los países dependientes, es indispensable la unificación de todos los trabajadores alrededor del gran país del socialismo.

Los comunistas dedicarán todas sus fuerzas a la solución de estos problemas. No admitirán ninguna vacilación en sus filas, arrancarán de raíz los más pequeños gérmenes de capitulación ante las dificultades, ante el enemigo de clase, ante el imperialismo.

Los comunistas saben firmemente que sólo realizando en su propio partido una política inquebrantable de principios, sólo forjando al Partido ideológica y políticamente, sólo reforzando su capacidad para contrarrestar todos los torbellinos y todas las adversidades, podrán reunir en torno suyo a las amplias masas de obreros, podrán construir en la lucha contra el enemigo la unidad revolucionaria del proletariado. Sólo entonces la clase obrera será la fuerza que lleve tras de sí al pueblo, que ponga fin con sus recursos y con sus métodos a la criminal guerra imperialista y establezca un mundo que descanse en la verdadera amistad entre los pueblos.

Las condiciones creadas por la guerra han elevado en alto grado la responsabilidad de los comunistas de cada país ante su clase obrera y su pueblo. Han crecido gigantescamente las tareas planteadas ante los comunistas; han crecido también las exigencias que la situación en conjunto plantea ante cada partido comunista y ante cada comunista. La experiencia de un año de guerra imperialista permite asegurar indudablemente que los comunistas cumplirán su deber revolucionario ante los trabajadores, seguirán fieles a la bandera del internacionalismo proletario, a la bandera de Marx-Engels-Lenin-Stalin.

L. TAYLOR

La Guerra Imperialista en Africa y sus Problemas

Desde el punto de vista militar, la actual guerra imperialista puede ser dividida en dos escenarios: uno de ellos comprende las Islas Británicas, el Norte y el Oeste de Alemania y gran parte de los territorios ocupados por el ejército alemán: Holanda, Bélgica, el Norte de Francia y, parcialmente, Dinamarca y Noruega. El otro escenario abarca el Mar Mediterráneo, el Norte y el Noreste de Africa y parte del Asia Menor.

En los dos escenarios, Inglaterra, es decir, el gran Imperio Británico, es el objetivo de los ataques combinados de sus rivales imperialistas, Alemania e Italia. Los dos escenarios no están desconectados: entre ambos existe, no obstante su gran distancia geográfica, la más estrecha interdependencia, tanto política como estratégica. Mientras las acciones de Alemania contra las Islas Británicas tienen por objeto paralizar su actividad como centro comercial, político y organizador del Imperio Británico, la tarea de Italia consiste en obstaculizar la ruta mediterránea de Inglaterra hacia la India y en amenazar sus posiciones en el Canal de Suez, en el Norte de Africa y en el Cercano Oriente.

Cuando el 11 de junio de 1940 Italia entró en la guerra, Francia había empezado ya a derrumbarse. Su capitulación total el día 22 de junio significó, sin duda alguna, una mejora radical de las posiciones de Italia en el Mediterráneo y en el Norte de Africa. Mientras en el primitivo plan germano-italiano de operaciones militares correspondía a Italia la tarea de retener a las tropas francesas en los Alpes y en el Africa Septentrional, la tarea de obstaculizar el transporte de tropas de Africa a Francia y de entorpecer las maniobras de la gran flota anglo-francesa en el Mediterráneo, hoy esta tarea se ha simplificado considerablemente: hoy las fuerzas que la capitulación de Francia ha dejado disponibles pueden ser dirigidas exclusivamente contra Inglaterra.

Sin embargo, los resultados de la guerra en el Mediterráneo, en el Norte y Noroeste de Africa y en la costa del Asia Menor no han sido hasta ahora decisivos. Italia ha podido dificultar seriamente el movimiento de la flota británica entre Gibraltar, Suez y Aden; ha conseguido también, gracias a su superioridad en el aire, asegurar un enlace constante con Libia, así como el transporte de tropas y material de guerra a una base desde donde amenaza gravemen-

te la posición de Inglaterra en Egipto. Por último, las tropas italianas se han apuntado innegables éxitos territoriales, especialmente en la Somalia Británica — que han conquistado —, en Kenia y en el Sudán. Pero Italia no ha conseguido aún, ni en el Mediterráneo ni en los frentes africanos, poner en grave peligro la posición dominante de Inglaterra en el Canal de Suez y en el Cercano Oriente.

En las últimas semanas, Inglaterra, en previsión de una ofensiva contra el Canal de Suez, ha concentrado fuerzas considerables en los sectores decisivos, no solamente en Egipto y Palestina, sino también en Kenia y en el Sudán, así como en Aden —Adramant. La ofensiva italiana contra Suez encuentra de este modo, —aparte de las dificultades topográficas y climatéricas—, una fuerte resistencia militar.

Además, las conversaciones entre Ribbentrop, Ciano y Serrano Suñer han puesto de manifiesto que los planes germano-italianos van encaminados a utilizar la Península Ibérica como un trampolín para lanzarse sobre las colonias francesas del Norte de Africa y del Africa Tropical. España exige la devolución de Gibraltar, y el 14 de junio ha ocupado ya Tánger, el punto estratégico más importante de Marruecos. Teniendo en sus manos Tánger y Ceuta, España posee la orilla del Estrecho opuesta a Gibraltar. El nombramiento de Serrano Suñer como Ministro de Estado y la entrevista de Hitler con Franco pueden ser consideradas como un indicio de que España no va a ofrecer resistencia a los planes del Eje.

Muchos son los síntomas que traslucen los preparativos para un traslado del centro de gravedad de la guerra hacia el escenario africano.

*

* *

¿Qué significa Africa para los imperialistas?

Africa es, por su extensión, la segunda de las partes del mundo. (Aproximadamente 30 millones de kilómetros cuadrados). Es una inmensa extensión de tierra, tres veces mayor que Europa, donde solamente hay 150 millones de habitantes. Más de una tercera parte de este gran continente está compuesta por enormes desiertos. Sólo el Sahara tiene una extensión de 6.700,000 kilómetros cuadrados.

La importancia de Africa para el imperialismo mundial reside tanto en las riquezas de su suelo como en su especial situación geográfica. Túnez, Argelia, Marruecos, el Congo Belga y el Africa del Sur son excepcionalmente ricos en minerales. El Africa francesa del Norte tiene inmensos yacimientos de fosforita, de cobre, y de hierro. El Africa Central es rica en oro, cobre, estaño, zinc y manganeso. Extraordinariamente rico es el subsuelo de la Unión Sudafricana y de Rhodesia, donde se encuentran los mayores yacimientos de oro y de diamantes del mundo, así como grandes reservas de carbón,

hierro, cobre y platino. En general, las riquezas minerales de África, sobre todo de Abisinia y del Sudán, donde se prevé la existencia de grandes yacimientos, son poco conocidas aún. Los grandes ríos (Nilo, Congo, Níger, Zambeze), cuya energía potencial se cifra en unos 190 millones de caballos, tienen una importancia extraordinaria.

África es fabulosamente rica en vegetales, y hay derecho a suponer que sucesivos cultivos permitirán desarrollar todavía más esta riqueza. Se deben citar, primeramente, las materias primas mundiales: algodón, caucho, goma, copal, cáñamo, frutos oleaginosos, aceite, café, cacao, madera, corcho, especias, tabaco, vino, azúcar, etc. África suministra también al mercado mundial una gran cantidad de ganados y de productos animales, especialmente ovejas, lana, pieles, marfil, etc.

En la lucha del imperialismo por África, la especial situación geográfica de este continente desempeñó siempre un gran papel. El Mediterráneo comunica estrechamente al Norte de África, tanto con el Sur de Europa como con el Asia Occidental. El Estrecho de Gibraltar, que separa a África de la Península Ibérica, tiene, en su parte más estrecha, catorce kilómetros de anchura. La Península italiana, especialmente Sicilia, y la Balcánica, se acercan mucho a África. Y el Asia Menor, que es el puente de mayor importancia estratégica, une directamente por tierra África y Europa. La situación geográfica de África tiene también fundamental importancia porque a lo largo de sus costas se extienden dos rutas comerciales de importancia vital para el Imperio Británico, la ruta Gibraltar-Suez-Áden reduce en una tercera parte el camino a la India y a Australia; pero puede ser amenazada por cualquiera de las potencias rivales de Inglaterra en el Mediterráneo. Y la vieja ruta del Cabo de Buena Esperanza, incomparablemente más segura, es mucho más larga. El gran rodeo del Cabo se refleja, sobre todo, en una menor capacidad de transporte de los barcos mercantes, en una pérdida práctica de un 15 por ciento en la carga, cuyas consecuencias está sufriendo Inglaterra en la guerra actual. Mientras que, por ejemplo, la distancia de Londres a Bombay por vía Suez es de 7,190 millas (1 milla igual a 1.6 kilómetros); mientras que la distancia de Londres a Singapur es de 9,505 millas, con el rodeo del Cabo estas distancias se convierten en 12,659 y 16,455 millas, respectivamente. Así, los barcos petroleros tardaban antes desde el Golfo Pérsico hasta Inglaterra, por vía Suez, unos 25 días: ahora necesitan más de 40.

Para el imperialismo mundial, África es, ante todo, una gigantesca retaguardia agraria, una fuente de materias primas y de mercados, así como un magnífico campo para la exportación de capitales con beneficios máximos. (Construcción de carreteras, ferroca-

riles, puertos, centrales eléctricas, establecimientos públicos, explotación de grandes riquezas mineras, etc.).

*

* *

Hasta los últimos años del siglo pasado, África no se convirtió en un objetivo propiamente dicho de las luchas entre las grandes potencias imperialistas. Anteriormente, África era la tierra de la caza sangrienta de esclavos, donde la "raza blanca de los señores" asolaba países enteros, transformándolos en desiertos, y aniquilaba tribus íntegras de aborígenes. En la época imperialista, África se convirtió en un campo de batalla por los mercados y las fuentes de materias primas, por la mano de obra barata y por los puntos de apoyo estratégicos de las grandes rutas comerciales del mundo.

La voracidad imperialista con que se hizo el reparto de África a fines del siglo pasado tenía, en realidad, dos motivos fundamentales: primero, que los demás continentes estaban ya cerrados a toda nueva expansión imperialista y, segundo, que, cuando se hizo la unidad nacional en Alemania y en Italia, dos nuevas potencias imperialistas empezaron a pedir también su "puesto bajo sol".

En la historia de las luchas imperialistas por África aparecen claramente definidas las siguientes fases: **De 1882 a 1902**, etapa de las luchas entre Inglaterra y Francia por la hegemonía en África. **De 1902 hasta la guerra mundial de 1914-1918**, etapa de la inteligencia entre Inglaterra y Francia en África y su común conflicto con Alemania, que condujo a que ésta perdiese sus colonias africanas en la guerra mundial. Y, finalmente, la etapa que va **desde 1918 hasta 1939**, es decir, hasta el principio de la segunda guerra imperialista.

En la primera fase, Francia, que, para compensar su fracaso en la guerra franco-alemana de 1870-1871, quería mantenerse en África y, sobre todo, reforzar sus posiciones en el Norte africano, chocó inevitablemente en todas partes con Inglaterra, que también se proponía asegurar y fortificar estratégicamente la India por medio de la ocupación de las grandes vías de comunicación. (Consignas: Cairo-Ciudad del Cabo y Cairo-Calcuta). Durante largo tiempo, el dominio del Mediterráneo y, particularmente, la ocupación de Tánger fueron por lo tanto, una cuestión en litigio. Y no sólo entre el imperialismo francés y el inglés, sino también entre el imperialismo francés y el italiano, cuyas aspiraciones supieron dirigir contra Francia tanto Bismarck como Inglaterra.

Francia dió la señal decisiva para el descuartizamiento de África con la ocupación de Túnez en 1881. Consecuencia inmediata de esta ocupación fué, no sólo que, en 1882, Inglaterra ocupase Egipto, arrastrado al torbellino de la política mundial con la apertura del Canal de Suez en 1879, sino también la firma de la llamada Triple Alianza entre Alemania, Italia y Austria-Hungría.

El hecho de que Alemania e Italia pudiesen poner el pie en África fué debido, en primer lugar, a la aguda lucha de Francia e Inglaterra por la hegemonía en aquel continente, que las había llevado hasta el borde de la guerra con el llamado conflicto de Fashoda. Así, por ejemplo, Inglaterra, para contrarrestar en el Mar Rojo las aspiraciones francesas, permitió a Italia ocupar en 1885 el puerto egipcio de Maosana, que había de ser más tarde la base de un imperio colonial italiano en el Nordeste de África. Igualmente, la Alemania de los Hohenzollern supo aprovechar las dificultades de Inglaterra en el África meridional, en Egipto y en Asia Central para crear en África su propio imperio colonial. Pero, por otra parte, el desmedido incremento de los apetitos coloniales de Alemania e Italia, a consecuencia de la adquisición de territorios en África, contribuyó no poco a que Francia e Inglaterra llegasen a una inteligencia.

Estas circunstancias, y, especialmente la aguda competencia de Alemania en el mercado mundial, el ritmo intenso de sus construcciones navales y sus amplios planes de conquista en el Cercano Oriente, con el proyecto de ferrocarril Berlín-Bagdad como punto culminante, obligaron a Inglaterra a someter su política africana a una profunda revisión. En el tratado del 21 de marzo de 1899, Inglaterra y Francia se pusieron de acuerdo para un reparto de las esferas de sus intereses en África. Inglaterra situó el centro de gravedad de sus intereses en el Este y Sur Africano (Egipto, Sudán, Uganda, Kenia, Rhodesia, Sudáfrica, mientras que Francia los concentró en un imperio colonial que abarcaba desde el África Septentrional y Occidental hasta el África Ecuatorial Francesa, desde el Mediterráneo hasta el Congo.

Aunque las contradicciones imperialistas entre Inglaterra y Francia, después de este acuerdo, siguieron latentes, ambas potencias marcharon desde entonces de acuerdo en África, sobre todo en lo que concierne a Alemania. En lo que se refiere a Italia, gozó de una condición de excepción y de seguridad porque, a consecuencia de las crecientes contradicciones anglo-francesas en el Mediterráneo, era agasajada por ambas partes.

A fines del siglo que precedió a la guerra mundial, la política internacional estuvo presidida por la llamada "Crisis Marroquí". El "problema de Marruecos" representaba un inextricable nudo de contradicciones imperialistas entre Inglaterra y Francia, por una parte, y Alemania, Italia y España, por otra. Alemania era quien hacía más intentos de poner su planta en tierra marroquí. El imperialismo alemán, ávido de botín, estaba preparado para dar el "salto de tigre" sobre Marruecos y, por medio de su actuación febril en África meridional y en el Cercano Oriente, había acabado por arrastrar, no sólo a Inglaterra y Francia, sino también a Italia y a Espa-

ña. En el tratado secreto, concluído en 1904 entre Inglaterra, Francia, Italia y España, se puso coto a toda la expansión ulterior de Alemania en Africa. Por lo demás, este tratado, —aparte de los antagonismos tradicionales entre Italia y Austro-Hungría—, contribuyó extraordinariamente al cambio de frente de Italia en la pasada guerra mundial.

El desarrollo sucesivo de los acontecimientos hasta la guerra mundial cae por completo dentro de las leyes de la lógica imperialista: Inglaterra, gracias a su compromiso con Francia, había sabido asegurarse el camino a la India por Gibraltar-Malta-Suez-Aden y utilizar los apetitos coloniales de Italia y España para contrarrestar a Francia en el Mediterráneo. Por otra parte, Francia, a fin de introducir una cuña entre Italia y Alemania, así como entre Italia e Inglaterra, había dado a Italia, en los tratados secretos firmados con ella en 1902 y en 1904, carta blanca en Trípoli y había orientado contra la zona de los intereses británicos las aspiraciones italianas en el Africa Oriental. Italia necesitaba en 1911 esta original situación para una guerra de rapiña contra Turquía, que le proporcionó Trípoli y Cirenaica (hoy Libia). La ocupación en 1912 de la mayor parte de Marruecos y de la costa occidental marroquí por Francia y, sobre todo, la guerra mundial, condujeron a un reparto definitivo de Africa.

Después de la guerra mundial, las posesiones de las potencias europeas en Africa estaban repartidas del siguiente modo:

	Superficie en Km ² .	Habitantes en millones
Francia	11.540	43,9
Inglaterra cerca de	10.000	50,0
Bélgica	2.410	17,5
Portugal	2.100	7,7
Italia	1.590	1,7
España	310	0,2
Abisinia	1.120	10,0
Liberia (E.E. U.U.)	100	1,8
	<hr/>	<hr/>
	29.170	132,8

Sólo Liberia y Abisinia quedaron fuera del reparto en calidad de Estados "independientes". La república de negros de Liberia, que siempre había dependido del imperialismo del dólar, recibió, especialmente en su producción de caucho, la dirección y el impulso de los Estados Unidos que querían romper el monopolio anglo-holandés del caucho. Abisinia debe a la rivalidad existente entre Inglate-

rra, Francia e Italia, así como entre los Estados Unidos y el Japón, el hecho de haber podido conservar su independencia hasta 1935.

Las posesiones inglesas y francesas estaban en su mayor parte agrupadas y enlazadas, ya por ferrocarriles y carreteras, que eran el fruto de una construcción intensiva, ya por vías marítimas. Por el contrario, Alemania tenía cuatro colonias africanas absolutamente aisladas entre sí (Africa Oriental Alemana, Africa Occidental Alemana, Camerun y Togo) e Italia tres (Tripolitania, Eritrea y Somalia Italiana).

Alemania perdió en la guerra mundial sus colonias africanas, que pasaron a manos de Inglaterra y Francia. Italia, a quien se dió en el tratado secreto de Londres del 26 de abril de 1915, la perspectiva de un aumento de territorio a costa de Alemania, salió del gran reparto con las manos vacías. Y ahora quiere la ironía de la Historia que Italia, que en su día firmó como Estado vencedor el Tratado de Versalles, luche hoy contra ese Tratado al lado de Alemania.

Antes de la guerra mundial, la lucha por Africa era esencialmente una lucha entre Inglaterra, Francia, Alemania e Italia. Después de la guerra, entraron también en la liza Estados Unidos y el Japón. En lo que se refiere a España, Portugal y Bélgica, que disponen en Africa de territorios de gran extensión, estos países tienen que agradecerse ante todo a la rivalidad de las grandes potencias imperialistas, que no pudieron ponerse de acuerdo sobre la posesión de esas zonas. Por lo demás, hace ya tiempo que las famosas colonias portuguesas en Africa pueden ser consideradas como posesiones inglesas, pues Portugal debe a su estrecha dependencia política de Inglaterra el hecho de haber podido conservar unos residuos tan importantes de su antiguo poderío colonial. En los arreglos coloniales de Inglaterra con Alemania, las colonias portuguesas han desempeñado con frecuencia el papel de moneda política, sobre todo cuando el acuerdo de 1898, en los días de la famosa crisis de Fashoda, es decir, cuando Inglaterra buscaba un acuerdo con Alemania en contra de Francia y, sobre todo en contra de Rusia.

Lo mismo que las colonias portuguesas, el Congo Belga es el resultado típico de la aguda rivalidad de las grandes potencias imperialistas en Africa. La creación de un Estado "libre" del Congo por la Conferencia de Berlín de 1884, que presidió Bismarck, y su colocación bajo la "soberanía" del rey Leopoldo II de Bélgica, fueron una especie de compromiso que convinieron las potencias que se disputaban el reparto de Africa.

El recrudecimiento de las contradicciones entre Inglaterra y Francia caracteriza la fase de postguerra de la lucha imperialista por Africa. Estas contradicciones se hicieron patentes sobre todo en el Cercano Oriente, y su primer beneficiario directo fué Italia. El nuevo imperialismo italiano de Mussolini, que hasta 1930 apareció en Africa y en el Cercano Oriente como un valido del imperialismo del dó-

lar, se encontró, a partir de ese año, bajo el patronato benévolo del imperialismo francés, que de nuevo quería desviarlo de Túnez y orientarlo hacia la esfera de los intereses de Inglaterra, esto es, hacia Abisinia. El tratado secreto de Laval con Mussolini echó la piedra a rodar. La política inglesa de las sanciones tropezó, por un lado, con Norteamérica, cuyos envíos de petróleo seguían llegando invariablemente a Italia, y, por otro lado, con la resistencia pasiva de Francia, que se negaba a poner a disposición de Inglaterra sus puertos y astilleros para la eventualidad de un conflicto armado con Italia. Pero, fundamentalmente, la política de sanciones, que podía poner en peligro la estabilidad del régimen de Italia, no tuvo nunca simpatías entre los círculos reaccionarios agrupados en torno de Chamberlain.

Con la guerra de Abisinia, Egipto pasó de nuevo al centro de la política mundial.

*
* *

La guerra actual en África está dirigida, ante todo, contra Egipto como principal objetivo estratégico. El pensamiento de Napoleón de que Egipto era el punto desde donde se podía desarticular el Imperio Británico alcanza hoy, en un medio histórico completamente distinto, la máxima actualidad.

El erudito británico I. F. Horrabin, conocido por su tendencia obrerista, caracterizó así la importancia de Egipto para Inglaterra en su "Bosquejo de Geografía Económica" (*):

"En la "cuestión" del Cercano Oriente, los intereses más vitales de Inglaterra la obligan a asegurar tanto esta ruta como el petróleo de Persia y de Mesopotamia. Los países que flanquean esta ruta deben ser puestos, directa o indirectamente, bajo el dominio de Inglaterra y mantenidos bajo ese dominio. La cuestión de quien debe ocupar Constantinopla tiene suma importancia para Inglaterra, porque Constantinopla es uno de los accesos al Mediterráneo, y la "ruta" británica discurre efectivamente a lo largo de este mar. Sobre todo, no puede pensarse en una verdadera independencia de Egipto, puesto que Egipto domina Suez, que es la posición clave de toda la ruta..."

Y Horrabin agrega con sarcástica melancolía:

"Las gentes que en el mundo actual piden independencia debían guardarse muy mucho de vivir en sitios como Egipto o Irlanda, que dominan las grandes rutas del comercio mundial. (Si es que no pueden, como Turquía, jugar hábilmente con los celos de los grupos rivales)".

(*) *Grundriss der Wirtschaftsgeographie*: Verlag für Literatur und Politik, 1926. pág. 141.

Desde la ocupación de Egipto en 1882, Inglaterra se ha hartado tanto de anunciar que va a restablecer la independencia nacional de Egipto como de no cumplir después estas promesas. Ciertamente, en 1922, Inglaterra liquidó formalmente su protectorado sobre Egipto; pero mantuvo de hecho su dominación por medio de una cláusula en la que se reserva la defensa del país. Para el sentimiento nacional de Egipto fué especialmente doloroso que Inglaterra, en 1924, se apoderase de la administración del Sudán y obligara a las tropas egipcias a evacuarlo, aunque teniendo Egipto que seguir pagando por el Sudán igual que antes. Finalmente, en 1936, Inglaterra se comprometió a no ocupar en Egipto más que las zonas de importancia militar y a limitar su guarnición en el Canal de Suez a 11.000 hombres. Pero el ejército británico tiene hoy en el territorio egipcio, —según cálculos coincidentes de muchas fuentes distintas—, 250.000 hombres reclutados entre unidades inglesas, rhodesianas indias y australianas, y el reclutamiento continúa sin interrupción. Así Egipto, quiera o no quiera, se transforma en un teatro de operaciones, a pesar de que el tratado de alianza "sui generis" que tiene con Inglaterra no le obliga a ayudarla en caso de guerra.

La política egipcia de Italia data de fecha distante. Se fortaleció especialmente cuando el nuevo imperialismo italiano de Mussolini resucitó la vieja idea de Crispi de crear un imperio colonial africano y convertir el Mediterráneo en un "Mare Nostrum". Desde entonces, se intensificó la actividad de los agentes italianos, no sólo en Siria, en el Mossul, en Abisinia y en el lago Tsana, sino, sobre todo, entre los wahabitas de Ybn Saud y en Egipto. Las dulces promesas de Italia a Egipto y Arabia han adquirido especial incremento desde el principio de la guerra en Africa. Italia no ha perdido todavía la esperanza de sublevar estas zonas contra Inglaterra.

A Italia se le plantea ahora un problema muy difícil: cómo expulsar a Inglaterra de Egipto sin indisponerse con el mundo mahometano a que Egipto pertenece. Mientras Inglaterra ha conseguido ya, gracias a una fuerte presión sobre el nuevo gobierno de Egipto, el envío de tropas egipcias al frente de Libia y al Sudán, incluso por encima de la voluntad del rey, que se mostraba bastante remiso: mientras Inglaterra, comprando espléndidamente la cosecha egipcia de algodón, se fortalece ante la opinión pública; a Italia, cuya amistad hacia Egipto se patentiza, ante todo, en los bombardeos de las ciudades egipcias, no le queda otra salida que apelar a los "intereses nacionales de Egipto" y... amenazar. Así, en el "Messagero" del 17 de Septiembre (cita tomada del "National Zeitung" de Basilea del mismo día) se puede leer esto:

"Las tribus árabes deben transformar sus tendencias políticas en acciones efectivas. Pero, si Egipto se niega a cumplir su misión histórica con respecto al Islam, será aniquilado".

Por lo pronto es un hecho que las bien equipadas tropas británicas y las libras esterlinas producen, en los círculos dominantes de Egipto, una impresión mucho más honda que las frases seductoras y las amenazas de Italia.

Esta es la razón de que Italia cifre sus esperanzas, no en Egipto, sino en el resto del mundo árabe.

No se puede negar que Inglaterra ha acumulado en Arabia mucha materia inflamable. En la pasada guerra mundial, Inglaterra, con el señuelo de una Arabia independiente, ganó a los árabes para su causa y luego, con su ayuda, derrotó a los turcos. Pero Inglaterra no pensó, ni un sólo momento, en cumplir las promesas que hizo a los árabes a través del famoso coronel Lawrence. Contrariamente, según el tratado secreto concluido con Francia el 9 de mayo de 1916 se aposentó en un trozo de Arabia, y de este modo se quedó con la parte del león. En el Tratado de Versalles, la idea de la Gran Arabia fué definitivamente liquidada. Palestina se convirtió en un mandato británico, Siria en un mandato francés y, en fin, la Transjordania, el Irak y Koweit en Estados peleles de Inglaterra, que, a su vez, supo afirmarse en el Sur y el Sudoeste de Arabia (Aden, Adramant y Omán).

Inglaterra, durante la post-guerra, utilizó las contradicciones dinásticas y religiosas en Arabia (semitas contra esquitas) para azuzar a los árabes entre sí. Los imperialistas ingleses colocaron como rey del Irak al hijo del Sherif de la Meca, Hussein, al famoso Feisal, que, junto con el coronel Lawrence mandó en la Gran Guerra las tropas árabes contra los turcos. Al otro hijo de Hussein, Abdallah, le hicieron Emir de Transjordania para crear, ante todo, un contrapeso frente a Ibn-Saud, soberano de la Arabia Central. Ibn-Saud, como jefe del movimiento puritano de los wahabitas, conquistó en 1924 el distrito de Hedsha e igualmente el reino del citado Sherif, Hussein. Cuando, en 1926, se erigió a sí mismo soberano de toda la Arabia interior empezó a ser peligroso para Inglaterra por su tendencia a la Gran Arabia.

Desde la guerra de Abisinia, Ibn Saud ha sido festejado por Italia de un modo especial. El imperialismo italiano ha estimulado en Libia la construcción de mezquitas y de escuelas coránicas, ha creado en Libia una Universidad árabe y, en fin, ha puesto a disposición de los mahometanos barcos gratuitos para el traslado de peregrinos a la Meca. Ha llegado incluso a prohibir la actividad de los misioneros católicos contra los mahometanos en las colonias italianas. Todo ello para aparecer ante Ibn Saud y el mundo mahometano como un ardiente defensor del Islam.

En su lucha de independencia contra Inglaterra, Ibn Saud ha sabido utilizar hábilmente, no sólo los intereses de los imperialistas yanquis y japoneses, sino también, y esto sobre todo, los del imperialismo italiano y los de su aliado, el imperialismo alemán. Así, frente

a la alianza anglo-turca, Arabia, Yemen y el Irak han firmado en 1939, con el beneplácito de Italia y hasta bajo su patronato, un pacto de ayuda mutua, al que posteriormente se ha adherido también Koweit. Italia asegura que ahora dará a los árabes la independencia nacional por medio, —caso curioso— del general Graziani, que en otro tiempo diezmó a sangre y fuego las tribus árabes sublevadas en Libia.

Alemania e Italia tratan de hacer ver a los árabes que su interés común les impulsa a la liquidación de la supremacía de Inglaterra en el Cercano Oriente. Pero esta argumentación no ha convencido todavía por completo a los árabes. La guerra que Alemania sostuvo contra los hekekos, en la que dicho pueblo fué casi totalmente aniquilado, así como las expediciones punitivas de Italia en Libia y en Abisinia contra los naturales del país, se hallan todavía muy frescas en la memoria de los orientales. También son recuerdos vivos los famosos métodos de la llamada "penetración pacífica" de Inglaterra y Francia en África, a consecuencia de la cual fueron pasadas a cuchillo y aniquiladas naciones enteras de aborígenes. Las hazañas de los "civilizadores" ingleses en la lucha contra el movimiento mahdista en el Sudán (1888-98) o las matanzas de Omdurnan y Jartum, con las que el sangriento Kitchener liquidó la sublevación del Mahdi, no se han olvidado todavía en África. Ni tampoco las acciones del general francés Lyautey contra los marroquíes, en los años 1911-14 ni, sobre todo, la crueldad sin precedentes con que fué abatida la heroica y desesperada sublevación de las cábilas del Rif, bajo la dirección de Abd-el-Krim, en 1925-26. También vive aún el recuerdo del bombardeo de Damasco por el general francés Sarrail durante 50 horas seguidas, así como de las sangrientas expediciones de castigo, en los años 1925-27, contra los insurrectos drusos en Siria.

Para los pueblos africanos es también un espectáculo aleccionador la lucha de los imperialistas como hienas que se pelean por el botín, aunque sólo sea por los huesos. En esta política de hienas feroces se distinguió sobre todo, España, que no se quedó nunca rezagada con respecto a los grandes imperialistas en cuanto a la crueldad de sus procedimientos para con los naturales del país.

En la guerra actual, las potencias imperialistas tratan de utilizar como un arma contra sus rivales la lucha de liberación de los indígenas. Mientras Italia especula con la sublevación de los árabes, Inglaterra trata de neutralizar su nacionalismo por procedimientos acreditados de antiguo, por toda clase de concesiones y de habilidades. Como continuadores del legendario coronel Lawrence trabajan en ello, y no sin éxito, el agente Philby, que ha sido destacado en calidad de consejero de Ibn Saud, el mayor Clubb y Gertrudis Bell, bien conocida en el Cercano Oriente.

Las aspiraciones italianas de una sublevación árabe, de una "guerra santa" contra Inglaterra, no se han visto realizadas hasta

ahora. Por otra parte, la guerra santa contra Italia que El Mufti predicaba en Egipto por encargo de Inglaterra ha encontrado también escaso eco. Los árabes sienten el mayor recelo ante esa "guerra santa" en interés de uno u de otro de los grupos imperialistas.

Sobre estos intentos de los imperialistas para utilizar en beneficio propio las contradicciones políticas y religiosas de los pueblos oprimidos, Lenin dijo:

"La opresión secular de los pueblos coloniales y de las naciones débiles por los Estados imperialistas, ha dejado impreso... en las masas laboriosas de los países oprimidos, no sólo el odio, sino también la desconfianza hacia las naciones dominantes". (*)

*
* *

Italia lleva su guerra africana en tres frentes. Dos de ellos, —el frente de Libia y el del Sudán—, están dirigidos contra la fundamental meta estratégica: Egipto. Contrariamente, las tropas que operan en Kenya tienen la misión de retener y dispersar las fuerzas inglesas. Pero, mientras el frente de Libia puede ser abastecido directamente con tropas y materiales de guerra, los ejércitos que operan en el Sudán y en Kenya, que están completamente desconectados de Italia, tienen que vivir a base de las reservas acumuladas o ser abastecidos por vía aérea.

Mientras no se de el caso de que el ejército italiano que opera en Abisinia y Eritrea se abra paso a través del Sudán, por lo menos hasta cortar la línea Cairo-Jartum, hay que considerar el frente de Libia como el frente fundamental de Italia en Africa. Lo extraordinario en el ataque a Egipto desde Libia es que, contrariamente a todas las exigencias estratégicas y a todas las tradiciones históricas, se lleva a cabo desde el Oeste. Para una ofensiva desde el Delta, le falta a Italia la flota necesaria y, para un ataque desde el Este, le falta la correspondiente base de operaciones en el Asia Menor.

El ejército italiano concentrado en Libia debe llegar a tener 500.000 hombres y ser equipado con 1.000 tanques y otros tantos aviones. Aunque Graziani, —a quien Mussolini, después de la campaña de Eritrea, ensalza como "el estratega de las distancias astronómicas"—, tiene una gran experiencia de la guerra en el desierto y, a juzgar por lo que se ve, va a intentar el ataque desde el Sur, a través del desierto sin agua, la empresa es, cuando menos, muy atrevida y su resultado problemático. En la prensa italiana se escribe ya abiertamente que Inglaterra es un enemigo muy bien equipado y muy tenaz. He aquí estas palabras de Virgilio Gayda en el "Giornale d'Italia" del 10 de septiembre:

(*) Lenin: Obras completas, tomo XXV, pág. 356.

“La guerra será dura y larga. En esta guerra, se halla en juego la vida del Imperio Británico. Inglaterra, rica y bien equipada, tiene aún posibilidades suficientes para defenderse”.

A diferencia de Italia, que renuye todos los combates navales en el Mediterráneo y utiliza preferentemente la aviación, el centro de gravedad de Inglaterra, —aparte de las posiciones bien fortificadas que tiene en el mismo Egipto—, reside en las concentraciones de sus fuerzas de tierra, mar y aire en las principales bases navales. Aparte de esto, Inglaterra posee en los frentes más importantes del Sudán y de Kenya tropas que disponen de buenas posibilidades para recibir refuerzos, lo que no se puede decir de los italianos. Además, Inglaterra cuenta en el escenario africano con una espléndida flota aérea, que llega a más de 1.300 aparatos, de los que sólo en Egipto hay 600 o 700.

Pero el centro del formidable sistema de defensa inglesa es Egipto, el Canal de Suez.

Apreciando justamente el gran peligro que amenaza al Imperio, tanto en forma de un posible desembarco de tropas alemanas en las Islas Británicas como en forma de una probable conquista de Egipto por Italia, Inglaterra ha concentrado sus fuerzas más importantes en esos dos puntos de máximo peligro. A pesar de que, indudablemente, la posición estratégica de las potencias del eje ha mejorado con la derrota de Francia, Alemania e Italia no han conseguido todavía poner realmente en peligro la posición de Inglaterra en estos dos centros principales de resistencia. Pero, en la misma medida en que la llamada “guerra-relámpago” se convierte en una guerra de material y en una guerra de exterminio, el problema del ejército y de la flota pasa al primer plano.

La flota inglesa es todavía, por encima de todo y a pesar de las pérdidas sufridas, la dueña de los océanos; por lo menos, del Océano Atlántico y del Indico. En la lucha contra los grandes planes de expansión de Alemania e Italia en Europa y África, la flota desempeña ahora, igual que antes, un papel primordial.

El ataque de Italia o, lo que es igual, de Alemania, contra Egipto no consiste, pues, en un simple problema de operaciones terrestres desde Libia o desde el Sudán, sino en un problema mucho más amplio: en el dominio del Mediterráneo, especialmente del Mediterráneo Oriental. Como la esperanza de una sublevación árabe que hiera a Inglaterra por la espalda sigue sin realizarse, sus adversarios, con vistas a la ocupación del Canal de Suez, tratan ahora de cerrar la tenaza situándose en Grecia, donde Inglaterra dispone de importantes bases navales.

Además de esto, Italia se halla extraordinariamente interesada en la solución del problema sirio. Italia trabaja con la máxima intensidad entre los árabes de Siria y, al mismo tiempo, exige categórica-

mente la total desmovilización de las tropas francesas en Siria así como la entrega e inutilización del material de guerra francés.

*
* *

En el centro de la guerra actual en África, además de Egipto y de los países árabes, se hallan, ante todo, las colonias francesas. Entre Alemania e Italia, de un lado, e Inglaterra del otro, se lleva a cabo abiertamente, —y más todavía entre bastidores—, una lucha tenaz por la posesión de las colonias de Francia. De aquí la posición ambigua de Alemania y el prudente estira y encoge de Inglaterra con el gobierno de Vichy, que en Francia se mantiene, ciertamente sobre una base muy inestable, pero que en las colonias, —sobre todo, en las colonias africanas—, representa cada vez más un factor con el que tienen que contar ambas partes beligerantes. De aquí también la nerviosidad de Italia a causa de la presencia de tropas francesas en África y en Siria, que no han sido desarmadas aún y que muy bien pudieran pasarse algún día al lado de De Gaulle, —es decir, al lado de Inglaterra—, e influir considerablemente sobre el desarrollo ulterior de la guerra. Los acontecimientos de los últimos meses en las colonias de Francia, sobre todo en el África Ecuatorial Francesa, en Dakar y en el Congo belga, y, más especialmente, los convenios de Alemania con el Gobierno de Vichy, testimonian claramente que el África colonial francesa desempeña todavía un papel importante en las luchas imperialistas por el continente africano.

El África Ecuatorial Francesa tiene, además, especial importancia a los ojos de las potencias del eje porque representa un dilatado enlace terrestre, tanto para el Sudán anglo-egipcio como para la Libia Italiana. La lucha por el África Ecuatorial Francesa forma así parte integrante de la gran lucha emprendida por las potencias del eje en África y por África. En sus planes, desempeña un gran papel la extraordinaria autopista que atraviesa el Sahara y une el Marruecos francés con el África Ecuatorial Francesa, así como los excelentes aeropuertos de Timbuctú, Dakar y el oasis Kanar. No menos interesante es la circunstancia de que el África Ecuatorial Francesa es por sí misma una base segura de alimentación para un ejército autónomo de operaciones.

Contra la realización de estos planes grandiosos, se alzan extraordinarias dificultades topográficas, climatéricas y técnicas, sobre todo en un problema de primera magnitud para una guerra en África: el transporte de hombres y de material. Y, por otra parte, no hay que perder de vista que, —además de los transportes marítimos, intactos en lo esencial—, Inglaterra, de los 60.000 kilómetros de vía férrea

del continente africano, posee 40.000; circunstancia ésta que, sin duda, ha de pesar considerablemente.

*
* *
*

La guerra imperialista en África encierra, pues, una serie de problemas, de cuya solución depende en alto grado la decisión de la guerra en favor de uno o de otro bando beligerante. Mientras Alemania e Italia están obligadas a forzar el ritmo de la guerra y a echar en la balanza los fuertes ejércitos que todavía no han entrado realmente en acción, la táctica de Inglaterra es la contraria: contener y quebrantar al enemigo con el apoyo de una poderosa flota y de las enormes reservas del Imperio Británico y de los Estados Unidos. Los aliados más fuertes de Inglaterra en esta gigantesca contienda contra sus rivales imperialistas son el mar y el desierto.

Por otra parte, África ofrece a las potencias del eje la gran oportunidad de romper el cerco marítimo que las separa de las colonias y de las materias primas coloniales. África significa para ellos, como ellos mismos ponen de relieve, un "trampolín" en la lucha contra el Imperio Británico por el nuevo reparto de las colonias. Es cierto que el imperialismo alemán ha sometido militarmente a media Europa; pero hoy, como ayer, las colonias son, para él, lo decisivo. Por esto, la guerra imperialista se orienta cada vez más hacia África.

Pero la guerra en África, no sólo exige una infinidad de medidas de preparación, abastecimiento y seguridad (construcción de carreteras, envío de municiones, gasolina, agua y víveres), sino que es, además, una guerra difícil, una guerra dura y extraordinariamente dilatada, que puede acarrear todavía una serie de sorpresas.

Una de las incógnitas en los cálculos imperialistas de ambas partes beligerantes es también el comportamiento de los pueblos de África, que los imperialistas están acostumbrados a manejar como piezas de ajedrez y que, en sus tenebrosos planes, consideran igual que meros objetos. Italia, por ejemplo, llama a los egipcios y a los árabes a la lucha contra Inglaterra y les promete la libertad nacional; pero, a la misma hora, mantiene en un estado de dominación sangrienta a los árabes de Libia, a los naturales de Eritrea y Somalia y, sobre todo, al pueblo abisinio. Italia engaña a los etíopes con la "igualdad de derechos" y les nombra ciudadanos italianos para enviarles después con este título jurídico a los diversos frentes africanos. Por su parte, el yugo inglés no es menos evidente para los egipcios y los árabes. Inglaterra siembra sistemáticamente la división y el recelo en sus filas y trata de paralizar por todos los medios la idea de la unificación panárabe; pero, al mismo tiempo, excita a través de no importa qué procedimiento la lucha de independencia de Abisinia, a cuyas puertas tiene ya esperando a Hailé Selassie para suble-

var con su ayuda a las tribus aborígenes contra Italia. Inglaterra, en esta guerra, igual que en la otra, trata de que los pueblos coloniales luchen para ella. Mientras el ejército inglés de Egipto se compone principalmente de tropas hindúes, la mayoría de las fuerzas que luchan en Kenya y en el Sudán están formadas por negros de Rhodesia y de la Unión Sudafricana.

Pero, en el dominio británico de Africa del Sur, la situación aparece muy tirante. La entrada de la Unión Sudafricana en la guerra (8 de septiembre de 1939) desencadenó una contienda política interior que, desde entonces, se ha desarrollado principalmente entre los partidarios del Imperio Británico, con el actual Presidente del Consejo, general Smuts a la cabeza, y los boers partidarios de la llamada Sudafrica nacional a quienes dirigen el doctor Malans y el ex-presidente, general Hertzog. Una prueba de la tirantez de la situación actual es el hecho de que una propuesta de paz por separado, que presentó el general Hertzog, fuese rechazada sólo por 18 votos de mayoría.

A semejanza de la pasada guerra mundial, la guerra presente se ha convertido, para los naturales de Africa, en una escuela de educación y de actividad política. Los países árabes del Asia Menor y del Norte de Africa, los habitantes de Egipto, Libia, Túnez, Argelia y Marruecos, el pueblo abisinio y las innumerables tribus negras del Africa Central y Meridional, empiezan a despertar a la vida política y esperan con impaciencia el día de su libertad de toda explotación y toda opresión imperialista.

Las rivalidades imperialistas en Africa han excitado y fortalecido extraordinariamente el sentimiento nacional de los pueblos africanos. Aunque los resultados políticos inmediatos de este despertar nacional no han adquirido todavía un carácter tan dramático como en la India y en China, no es posible ignorar por más tiempo los síntomas de esta conciencia creciente de una comunidad de destino, que comprende a todos los pueblos de Africa, sin distinción de creencias ni de color.

La solidaridad política de los pueblos africanos se puso ya de manifiesto, de un modo concluyente, durante la sublevación de las cábilas del Riff y de los drusos, y, más particularmente, durante la guerra de Abisinia, cuando demostraron su solidaridad con la lucha de independencia del pueblo etíope, no sólo los árabes y los bereberes del Norte de Africa, sino también los negros del Africa Ecuatorial y del Africa del Sur. En la guerra actual, amplios círculos árabes participan del convencimiento de que la lucha de los imperialistas por la hegemonía en Africa debe ser utilizada por los pueblos africanos para conquistar su independencia nacional y estatal.

El prestigio político de los señores blancos en Africa padeció ya bastante en la primera guerra imperialista, que arrastró a los pue-

blo asiáticos y africanos a la matanza. En esta segunda guerra ha sufrido un golpe todavía más duro el intento de los señores blancos de convertir a los pueblos aborígenes en carne de cañón. Los pueblos de África empiezan a ver claro a través de las mentiras y de las maniobras políticas de los diferentes grupos imperialistas y conceden cada vez menos crédito a sus promesas de independencia y de libertad nacional en caso de triunfo.

“Antes, “solía” creerse que el mundo estaba dividido desde tiempos inmemoriales en razas inferiores y superiores, en negros y blancos, de los cuales los primeros no son aptos para la civilización y están condenados a ser objeto de explotación, mientras que los segundos son los únicos exponentes de la civilización, llamados a explotar a los primeros. Hoy, esta leyenda hay que considerarla como destruida y desechada.” (*)

Mientras los naturales de África se resignan a ser simplemente “cosas” en el juego de bandidos de las potencias imperialistas y servir sólo como fuentes de energía para el imperialismo, los imperialistas no dejarán escapar el botín. No hay más que una posibilidad para la liberación del “continente negro” de los señores blancos: la lucha revolucionaria de los pueblos aborígenes contra el imperialismo.

“La lucha revolucionaria de los pueblos oprimidos en los países coloniales y dependientes contra el imperialismo es el único camino por el que pueden emanciparse de la opresión y de la explotación”. (*)

(*) Stalin: “El marxismo y el problema nacional y colonial”. Ediciones en Lenguas Extranjeras, pág. 247.

(*) Stalin: “Fundamentos del Leninismo”, pág. 75. Ediciones Sociales, México, D. F. y Cuestiones del Leninismo, pág. 65, Ediciones en Lenguas Extranjeras.

G. FRIEDRICH

La Cadena de las 21 Guerras, Gestación de la II Guerra Imperialista

“A esta guerra seguirán pronto otras guerras si no hay una serie de revoluciones victoriosas; la leyenda de la “última guerra” es una leyenda hueca, nociva, un mito pequeño-burgués”. (*)

Tres meses después del estallido de la guerra mundial de 1914-18, Lenin, sobre la base de su análisis científico del imperialismo, predijo con estas palabras los acontecimientos que habían de sucederse. Ya antes de la guerra mundial, Lenin, en el Congreso Socialista Internacional, indicó que las guerras **surgen inevitablemente del capitalismo**. Para los países capitalistas, las guerras son tan naturales y legítimas como la explotación de la clase obrera. Por esto, la Internacional Comunista, desde el primer día de su existencia combatió la palabrería pacifista de la “última guerra” con que los Wilson y los Blum, los Kautski y los Henderson querían entonces (1919) adormecer a las masas populares cansadas de la guerra y desviarlas de su lucha revolucionaria. Por esto, los comunistas condenaron en todas partes la “paz” de Versalles como un nuevo reparto del mundo en favor del imperialismo anglo-francés, como un crimen “que debe parir males permanentes”, como el germen de una cadena de guerras de revancha y de una carnicería mundial, todavía más horrible, por un nuevo reparto del mundo.

El desarrollo de los acontecimientos desde el año 1918 hasta 1940 ha confirmado mil veces la verdad de esas afirmaciones. En ese lapso, no ha pasado ni un solo año sin que estallen uno o más conflictos sangrientos, y esta cadena de guerras grandes o pequeñas ha desembocado en la actual guerra europea, que muestra cada vez con mayor precisión su tendencia a convertirse en la segunda guerra imperialista mundial.

Ya en el mismo año 1919, coincidiendo con la instauración del “sistema de paz” de Versalles, estallaron nada menos que las dos guerras de intervención imperialista de la Entente contra el joven poder soviético (Koilchak y Denikin), la cruzada polaca para el aplastamiento de la Galitzia Oriental, la ocupación violenta de Vilna por

(*) Lenin, Obras completas, tomo XVIII. pág. 90, ed. alemana.

Polonia, el "putch" militar de D'Annunzio en Fiume y la guerra común de Rumania y Checoslovaquia por el aplastamiento de la Hungría soviética; en 1920, se produjo la guerra polaco-soviética y comenzaron los imperialistas japoneses su intervención contra la Unión Soviética; en 1921, los polacos fomentaron la insurrección de Korfanty en la Alta Silecia; en 1923, estalló la guerra turco-griega y se produjo la entrada de las tropas francesas en la cuenca del Ruhr; en 1924, estalló la guerra de Marruecos (la lucha de liberación de las cábilas del Rif contra el imperialismo francés y español); y empezó la cruzada francesa para la "pacificación" de Siria; en 1929, se produjo la agresión de los guardias blancos chinos contra el ferrocarril oriental asiático, que pertenecía a la URSS; en 1931, la invasión de la Manchuria por el Japón y la sangrienta guerra del Chaco entre Bolivia y el Paraguay; en 1932, la guerra entre Colombia y el Perú; en 1936, comenzó la guerra de intervención, que había de durar casi tres años, contra la República Española; desde 1937, trueno la guerra nipo-china, que todavía no ha terminado; en 1938, se produjo el asalto armado del Japón en el lago Jasán; en 1939, la agresión nipona a la República Popular de Mongolia. Y, por fin, en el otoño del mismo año, estalló la guerra imperialista en Europa, que comenzó con la guerra germano-polaca, pasó después al choque entre Inglaterra y Francia, de un lado, y Alemania del otro lado, arrastró sucesivamente en su torbellino a Noruega, a Holanda y a Bélgica y que, finalmente, se ha extendido con la entrada de Italia en la guerra al lado de Alemania.

*
* *

Después de la gran guerra mundial de 1914-18, nacieron dos sistemas de reparto imperialista del mundo: el sistema de Versalles y el sistema de Wáshington. El sistema de Versalles fue creado en 1919 por el imperialismo anglo-francés; aseguró a Francia la hegemonía en el continente europeo por medio de una cadena de tratados o alianzas militares, que servían, por una parte, para mantener en constante terror a los Estados vencidos y, por otra parte, de "cordón sanitario" contra el País del Socialismo, y convirtió las colonias alemanas en "mandatos" ingleses o franceses. El segundo sistema nació el año 1922 en la Conferencia de Wáshington (pacto de las nueve potencias) sobre la base del retroceso de los imperialistas japoneses, todavía débiles, ante la supremacía yanqui-británica; este sistema estableció el principio de "puerta abierta" en China y delimitó las esferas de influencia de las grandes potencias en el Océano Pacífico. Los dos sistemas perseguían un objetivo común: establecer un equilibrio político entre los intereses imperialistas contradictorios, mantener sujetas a las potencias más débiles y a las vencidas, seguir esclavizando a la clase obrera y a los

pueblos coloniales y "terminar" con el joven Poder Soviético, para fortalecer nuevamente el orden mundial capitalista que se había debilitado.

Cuando los comunistas anunciaron el derrumbamiento inevitable de este "sistema de paz", pudieron apoyarse en la **ley de la desigualdad del desarrollo económico y político del capitalismo**, descubierta por **Lenin**. Esta ley, que enriqueció con una nueva teoría el socialismo científico marxista, enseña que los reagrupamientos dentro del "orden" imperialista se efectúan en forma tempestuosa y desigual, y por ello originan cada vez nuevas contradicciones imperialistas, que no pueden ser resueltas con medios pacíficos; enseña también que el crecimiento de las fuerzas revolucionarias de la clase obrera y el desarrollo del movimiento de liberación nacional en los países subyugados por el imperialismo, son también desiguales. Este desarrollo acondiciona tanto la inevitabilidad de las guerras periódicas por el nuevo reparto del mundo, como el debilitamiento de las fuerzas del imperialismo y la posibilidad de romper la cadena del imperialismo por su punto más débil.

Las grietas en el sistema de Versalles se produjeron ya en los primeros meses de su existencia. Crecieron primeramente las fuerzas revolucionarias en los Estados vencidos, ardió la revolución proletaria en la Europa Central y Meridional (movimientos revolucionarios de masas en Alemania, Austria, Italia; Poder Soviético en Hungría y en Baviera, insurrección en Bulgaria, etc.). A través del camino indicado entonces por la joven Internacional Comunista, — el derrocamiento revolucionario de la burguesía en estos países, aprovechando los puntos débiles del sistema capitalista —, hubiera sido posible cegar entonces las fuentes envenenadas de nuevas guerras imperialistas de rapiña, liberar verdaderamente a los pueblos de Europa, resolver justamente las cuestiones nacionales, y con ello se habría derrumbado totalmente el sistema de Versalles.

Sin embargo, para desgracia de los pueblos, la socialdemocracia consiguió entonces llevar a la mayoría de la clase obrera por otro camino, por el camino del reformismo, de la capitulación, de la derrota.

Así como la contradicción insoluble entre el capitalismo y el proletariado condujo en algunos países a derrocar el sistema capitalista, la contradicción entre el imperialismo y el movimiento de liberación nacional de los pueblos coloniales oprimidos llevó también a conmover el sistema de Versalles ya en sus primeros años. De ello es una prueba la guerra de liberación turca contra el yugo anglo-francés, que terminó victoriosamente; de ello es otra prueba el poderoso ascenso del movimiento nacional-revolucionario en China, que terminó con la marcha triunfal hacia el Norte; de ello son pruebas, igualmente, el despertar de los pueblos de la India y de otros

pueblos coloniales y la aparición de poderosos movimientos de liberación nacional en los países latinoamericanos.

También la contradicción entre los vencedores y los vencidos volvió pronto a agravarse. Las inevitables consecuencias catastróficas del "diktat" de la Entente para todo el mundo capitalista se evidenciaron ya en 1922-23, no solamente en el crecimiento fabuloso de la inflación, en la ira creciente de la clase obrera de Alemania contra el hambre y la pauperización, sino también en la tenaz resistencia pasiva y en el sabotaje de la burguesía alemana contra el cumplimiento de las condiciones de paz de Versalles y que llevó en enero de 1923 a la ocupación por Francia de la cuenca del Rhur. Para realizar las condiciones de paz dictadas a los Estados vencidos, los Estados vencedores comenzaron su política insensata: "A consecuencia del tratado de Versalles, Europa se ha convertido en un barril de pólvora, cerca del que bailan las chispas, — hizo constar el gobierno soviético en un manifiesto, firmado por Kalinin, con ocasión de la entrada de las tropas francesas en el Rhur —. ¡Pueblos de Europa, la paz está en peligro mortal, la suerte de la paz se halla en vuestras manos!". Tal era la situación apenas cuatro años después de firmada la "paz"...

Finalmente, la justeza de la ley del desarrollo desigual del capitalismo quedó demostrada también por las contradicciones crecientes entre los "Estados vencedores", que tenían sus razones en el reagrupamiento de fuerzas acondicionadas por el Tratado de Versalles y que surgieron inmediatamente de la firma de este "tratado de paz". El capital financiero italiano, descontento por el exiguo botín obtenido, se dirigió cada vez con mayor violencia contra Francia e Inglaterra. Y después del fracaso de los intentos emprendidos por sus agentes en Dalmacia, para la "revisión" violenta del Tratado, después del aplastamiento de la clase obrera italiana dividida por el reformismo, erigió en 1922 la dictadura fascista, que inscribió en su bandera el programa imperialista de la revisión de Versalles. El imperialismo inglés, superado por el imperialismo de los Estados Unidos, — que se enriqueció fabulosamente durante la guerra mundial —, y preocupado por el afán de mantenerse en su papel de árbitro de Europa, quiso ganar terreno por medio de la instigación de Alemania e Italia contra el competidor francés. La contradicción latente entre Inglaterra y los Estados Unidos en su lucha por la hegemonía mundial, en su lucha común por los mercados del Asia Oriental en contra del Japón, fue postergada sólo temporalmente por medio del compromiso de Wáshington. Las potencias imperialistas intentaron, ante todo, tapar todas estas brechas en el "sistema de paz" con el razonamiento de que todos los países estaban igualmente interesados en una cruzada contra el País del Socialismo, contra la Unión Soviética, con el razonamiento de que el

propósito de convertir este país en una colonia convenía al interés general.

En esta situación, es decir, ante la amenaza del derrumbamiento, el mundo capitalista fue salvado por los dirigentes de la II Internacional, que consiguieron detener a los pueblos de Europa en el camino revolucionario; particularmente en Alemania y en los Estados herederos de Austria-Hungría, rellenaron las brechas del sistema capitalista y le ayudaron a imponer a los pueblos la camisa de fuerza de Versalles. En el hecho de que no dirigían el movimiento obrero de Europa marxistas revolucionarios destacados como Lenin y Stalin en Rusia; en el hecho de que los partidos comunistas eran todavía jóvenes y débiles; en el hecho de que la mayoría de la clase obrera seguía aún a los lacayos socialdemócratas de la burguesía, a los Kautski, los Vandervelde, los Blum y Compañía, nace el trágico destino, no solamente de la clase obrera europea, sino de todos los pueblos que hoy vierten su sangre en la segunda guerra imperialista o que están en peligro de ser arrastrados por el torbellino de esta guerra.

* * *

Desde 1924 hasta 1929, el capitalismo, a base de la traición de la socialdemocracia internacional y del retroceso de la ola revolucionaria, consiguió una estabilización relativa, parcial. En 1924, el capital financiero alemán y su gobierno "socialista" concluyeron su paz con las "potencias vencedoras", que imponía al proletariado alemán, además de las cadenas de explotación de la "propia" burguesía y de las de la Entente, el yugo del plan Dawes, y sumieron a todo el pueblo alemán en la esclavitud de las deudas. En todas partes, los líderes de la II Internacional hicieron sonar entonces la melodía sugestiva del "capitalismo organizado", que, con su ayuda sería "refrenado", sería despojado de sus garras imperialistas y debería llevar paulatinamente a los pueblos hacia la "paz perpetua", hacia el "socialismo". Pero la clase obrera, a cambio de esto, debía renunciar a la lucha revolucionaria, debía liquidar los partidos comunistas y todas las organizaciones revolucionarias, debía tomar sobre sus espaldas las cargas de las "sanciones": de esta manera sonaba la canción de la renuncia reformista. Comenzaba la "era pacifista".

Pero, por debajo de esta estabilización parcial del sistema capitalista, seguían desenvolviéndose nuevos cambios y profundos reagrupamientos de fuerzas. La racionalización capitalista, no sólo no resolvió de ninguna manera las contradicciones internas, sino que agudizó la lucha de clases. En la batalla "pacífica" por los mercados internacionales se gestaban los nuevos conflictos entre los com-

petidores imperialistas. Las burguesías imperialistas que no habían sido favorecidas gritaron con voz cada vez más alta sus reivindicaciones. En medio de las prédicas engañosas de la socialdemocracia sobre la consolidación, bajo el "sol de la paz de Locarno" que se elevaba supuestamente sobre Europa y anunciaba "una conciliación de los antiguos adversarios", a pesar del pacto de paz de Kellog que comprometía solemnemente a todos los Estados a resolver sus conflictos futuros por medios pacíficos, se preparaba la nueva explosión. Fue el camarada Stalin quien, en su informe histórico ante el XV Congreso del P. C. (b) de la URSS (diciembre de 1927), refutó las pláticas banales sobre el capitalismo "organizado" y "pacífico", quien señaló la proximidad de una nueva y horrible crisis capitalista, quien advirtió el grave peligro de una nueva guerra. Fueron los partidos comunistas de todos los países quienes movilizaron en todas partes a las masas populares para la defensa de la paz. Al toque de las campanas de alarma comunista se mezclaron pronto los últimos sonidos de las sirenas que anunciaban la paralización de millares de fábricas, se mezclaron los lamentos de millones de obreros arrojados a la calle, de millones de campesinos pequeños y medios, arruinados.

El griterío de la bolsa de Nueva York en 1929 fue la aguda disonancia que terminó con el concierto "pacífico" de la II Internacional. Al mismo tiempo, fue también un grito de guerra de los imperialistas.

*

*

*

La crisis económica mundial de 1929 profundizó todavía más las contradicciones imperialistas entre los países capitalistas, agudizó las contradicciones entre las colonias y las metrópolis respectivas, entre los "vencedores" y los "vencidos", entre el capital y el trabajo. El camarada Stalin, en su informe al XVI Congreso del P. C. (b) de la URSS, indicó que la burguesía buscaría una salida a la crisis económica en la instauración del capital financiero o en el desencadenamiento de una guerra imperialista por el nuevo reparto de las colonias y de las esferas de influencia.

Y, en efecto, los espasmos febriles de la crisis económica mundial conmovieron no solamente la economía de todos los países capitalistas, sino también todo el sistema político, todo el sistema de Versalles y de Washington. En el Lejano Oriente, el Japón se arroja sobre China y, aprovechando la división del pueblo, le roba, primero, la Manchuria y después una serie de las provincias del Norte. En la América Latina, el imperialismo inglés y el imperialismo yanqui resuelven sus contradicciones, su lucha por el petróleo, con la sangre de los pueblos latinoamericanos (la guerra del Chaco y el conflicto colombo-peruano).

En esta situación, la Internacional Comunista refuerza su lucha contra el peligro de la guerra imperialista. En todas partes, se opone audazmente a la ola chovinista desencadenada por los imperialistas y despliega la bandera del internacionalismo proletario. En uno de los más grandes mítines de masas del proletariado parisiense, el dirigente de los trabajadores franceses, Maurice Thorez, estrecha la mano fraternal al dirigente obrero alemán, Ernst Thaelmann. Los dos muestran a sus pueblos que la liquidación del peligro de guerra y la liberación nacional son posibles solamente con el aniquilamiento de la dominación burguesa. En enero de 1933, poco antes de la toma del poder por el nacionalsocialismo en Alemania, fueron planteados todos los problemas candentes en la Conferencia que los partidos comunistas de Alemania, Inglaterra, Francia, Polonia y Checoslovaquia, celebraron en Essen. La Conferencia protestó contra el sistema de Versalles y la política de armamento imperialista, contra la ocupación de la región del Sarre, contra la política de rapiña del imperialismo polaco frente a Dantzig, contra la opresión nacional en Alta Silesia, en Pomerania, en el Sur del Tirol; contra la opresión de las minorías nacionales en Checoslovaquia, contra la opresión nacional en Ucrania Occidental, en Bukovina, en Besarabia, en Macedonia y en Dobrudja, y demostró que con cada una de estas cuestiones el imperialismo mundial podía encender en cualquier momento las llamas de una nueva guerra. Al mismo tiempo, la Conferencia de Essen indicó la posibilidad de liquidar y apagar estos focos de guerra a base de la lucha común de los trabajadores por el derecho de autodeterminación de los pueblos, contra la campaña chovinista, por el apoyo de la política de paz de la URSS.

Cuando se leen hoy estas palabras proféticas, se puede comprender mejor toda la trascendencia del crimen cometido por los dirigentes socialdemócratas, que, por ejemplo, en Alemania, rechazaron, pocos días después de la Conferencia de Essen, los últimos llamamientos del P. C. alemán para ofrecer un dique a la reacción por medio de la acción común y para combatir la amenaza del peligro de guerra. Tal es la marcha trágica de los acontecimientos, que ya en los años sucesivos arrastró un país tras otro al abismo de la segunda guerra imperialista.

*
* *
*

La crisis económica mundial reforzó todavía más la desigualdad del desarrollo del capitalismo, conmovió los sistemas de Versalles y de Wáshington. El XII Pleno del C. E. de la I. C., analizando la situación internacional, constató que había comenzado "un nuevo período de revoluciones y de guerras". Se había creado una nueva situación. Los Estados que salieron de la primera guerra mundial como países "vencidos" se orientaban hacia una revisión, hacia un

nuevo reparto del mundo por medio de una nueva guerra. Otra vez fueron los comunistas quienes señalaron el camino para evitar el sangriento conflicto que se avecinaba. El camarada Dimitrov declaró el año 1935 en el VII Congreso mundial de la Internacional Comunista:

“Es cierto que las guerras imperialistas son un producto del capitalismo, que sólo el derrocamiento del capitalismo pondrá fin a todas las guerras, pero también lo es que las masas trabajadoras pueden impedir, con su actuación combativa, la guerra imperialista”. (G. Dimitrov. “Problemas del Frente Unico y del Frente Popular”).

La Internacional Comunista llamó a la creación, bajo la dirección de la clase obrera internacional unificada, de un poderoso frente de todas las fuerzas de paz del mundo, por medio del cual sería posible liquidar incluso los más insignificantes focos de guerra.

La agresión italiana contra Abisinia (1935) confirmó que los comunistas tenían razón al indicar que la paz es indivisible. Una confirmación todavía más clara de la justeza de estas indicaciones de la Internacional Comunista fue la intervención contra la España republicana en 1936.

Los partidos comunistas llevaron a cabo una lucha tenaz e incansable para impedir el estallido de la segunda guerra imperialista. La Internacional Comunista desplegó grandes esfuerzos para ganar a los dirigentes de la II Internacional y de la F. S. I. en la organización común de una campaña internacional de solidaridad con el pueblo español y por la unidad de acción contra la guerra. Los dirigentes de la II Internacional no quisieron luchar, no quisieron acudir en ayuda del pueblo español. Uno de los dirigentes de la II Internacional, Blum, fue el inventor de la “política de no-intervención”, la política que condujo al estrangulamiento de la República española y favoreció el desencadenamiento de la guerra actual.

Ya en el VII Congreso mundial de la Internacional Comunista fueron indicados los motivos de esta manera de proceder. El camarada Ercoli, en su informe sobre “la lucha contra el fascismo y la guerra”, dijo lo siguiente:

“El imperialismo inglés, y, en particular, la parte más reaccionaria de la burguesía inglesa (aquí debemos hacer igualmente una diferencia), considera como su tarea histórica dar un golpe mortal al País del Socialismo o, por lo menos, debilitar a la Unión Soviética, durante un largo período”. (Ercoli, “La lucha contra el fascismo y la guerra”, Edic. Sociales Internacionales, pág. 29).

En el mundo capitalista comienza entonces un “juego político grande y peligroso” (como lo ha denominado el camarada Stalin), que consiste en que las potencias imperialistas amenazadas por la política de revisión, con el apoyo activo de la socialdemocracia in-

ternacional, intentan escapar a la amenaza del nuevo reparto del mundo a su costa y tienden a que este nuevo reparto del mundo se haga a costa de los otros. Los llamados Estados "democráticos" quieren "transformar" la segunda guerra imperialista que se desencadena, quieren dirigirla a otra vía, a una vía favorable para ellos. Realizan una política de compromiso con los Estados revisionistas, les incitan a la guerra contra la Unión Soviética y contra los pequeños pueblos, les ofrecen la perspectiva de enriquecerse a su costa. Este juego político llevó al compromiso de Munich, en favor del cual votaron, con ambas manos en alto, los "socialistas" franceses e ingleses, que ellos presentaron vergonzosamente como la "pacificación de Europa".

Inmediatamente después de Munich, los Blum, los Faure, escindieron el Frente Popular en Francia con el visto bueno de todas las fuerzas de la reacción, porque estaba claro que el Frente Popular hubiera sido un baluarte seguro de la paz. Los comunistas dijeron a los pueblos toda la terrible verdad sobre Munich. En el Manifiesto de la Internacional Comunista del 1 de mayo de 1939, se dice, que Munich, no solamente no ha salvado la paz, sino que ha apresurado y facilitado el desencadenamiento de la guerra, que la indignación de las masas populares es cada vez más fuerte contra la política de Munich, contra los que arrojan a los pueblos a la guerra bajo la falsa bandera de la salvación de la paz.

*
* *
*

Hace más de un año que comenzó la gran guerra europea. La Unión Soviética, gracias a la genial política de paz del camarada Stalin, destruyó el juego infame de los imperialistas; los pueblos de la Unión Soviética fueron salvados de los horrores de esta guerra y, no solamente ellos, sino también los pueblos liberados por el Ejército Rojo, los pueblos de Ucrania Occidental, de los países Bálticos, de Besarabia y de Bukovina.

En el choque de los bloques imperialistas, Inglaterra-Francia, apoyadas por los EE. UU., de un lado, y Alemania, a la que más tarde se ha adherido Italia, del otro lado, centenares de miles de hombres han perdido la vida, han sido destruidos inestimables valores materiales, muchos pueblos han sido conducidos al hambre y a la miseria, numerosos pueblos han perdido su independencia, está destrozada Francia, que en un tiempo fue la potencia más fuerte de Europa. Pero todavía no se ve el fin de esta guerra. Los reagrupamientos de fuerzas que la guerra ha producido entre las grandes potencias imperialistas, el derrumbamiento de Francia, la expulsión del imperialismo inglés, ocupado por la guerra en Europa, de sus esferas de influencia en el Asia Oriental y en la América Latina, los éxitos militares de Alemania, las crecientes tendencias im-

perialistas del Japón y de los EE. UU. a consecuencia de la situación—, llevan a la extensión de la guerra imperialista al Océano Pacífico, al Cercano Oriente y a otros puntos donde coinciden los intereses imperialistas.

La burguesía no es capaz de dar a los pueblos otra perspectiva que la sangre, la miseria, la destrucción y, por último, algún "triunfo final" imperialista sobre un montón de ruinas. Este "triunfo final", adquirido a precio de sufrimientos y de sacrificios sin límites, a precio de enormes destrucciones y de salvajismos sin precedentes, ¿puede dar una paz verdadera a los pueblos? Los terribles resultados del "triunfo final" de 1918 responderán a la pregunta: cada uno de estos "triunfos finales" es, al mismo tiempo, el comienzo de nuevas complicaciones bélicas, el comienzo de nuevas conmociones. La burguesía es incapaz de instaurar un sistema de paz justo y duradero. El llamado "sistema de paz" de Versalles resultó, en realidad, un sistema de guerras grandes o pequeñas, que paso a paso, se fue transformando en la segunda guerra imperialista general. De igual manera, ningún otro "sistema de paz" imperialista, basado inevitablemente en la violencia, en la opresión nacional y social, puede significar más que la guerra y siempre la guerra.

Sólo las mismas masas populares, bajo la dirección de la clase obrera internacional, pueden verdaderamente poner fin a la guerra imperialista a su manera y con arreglo a sus intereses. Por esto los comunistas, —a despecho de todas las persecuciones, a despecho de todos los regímenes de terror—, luchan incansablemente porque los obreros se unan, por la unificación de los trabajadores, para que, en la lucha contra la burguesía, contra los imperialistas, se creen las premisas de una paz verdadera, justa y permanente.

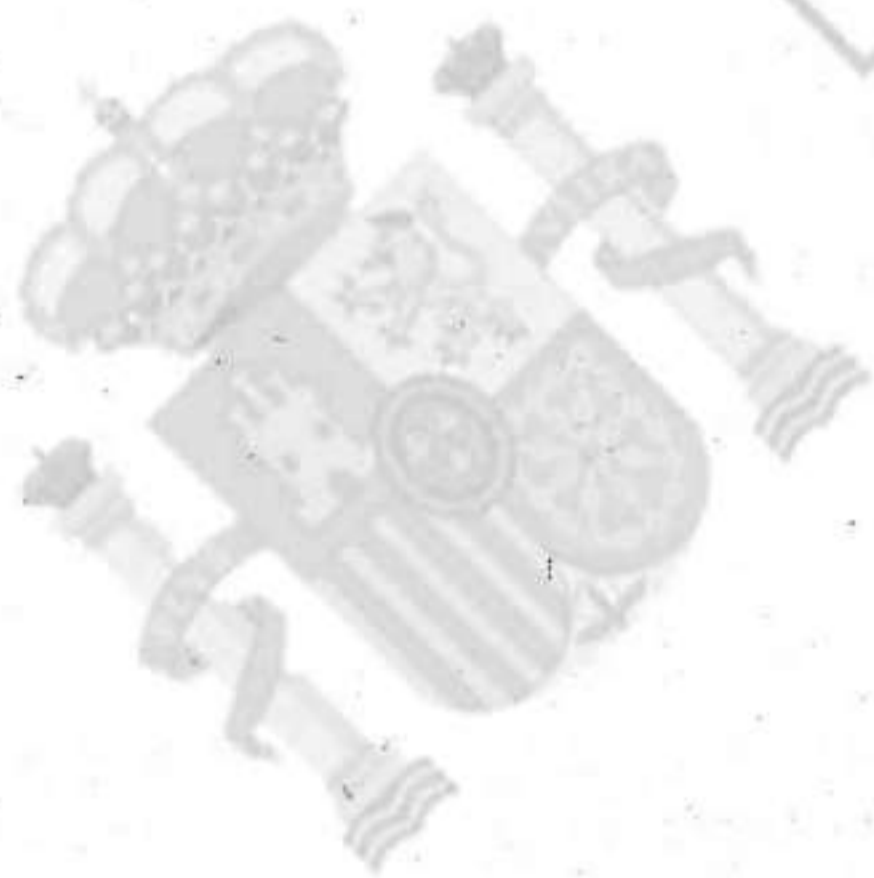
*

* *

“La fuerza de los comunistas reside en que sus grandes maestros Lenin y Stalin, previeron genialmente hacia dónde conduce la burguesía y advirtieron a las masas... La fuerza de los comunistas reside en que las masas se convencen por experiencia propia, cada vez más, de la verdad de la gran doctrina del leninismo”. (G. Dimitrov, “**La lucha contra la guerra imperialista**”, Edic. en Lenguas Extranjeras, pág. 14).

El año de 1919, cuando se instauró el "sistema de paz" de Versalles y se sembró el germen de la actual carnicería de masas, la vanguardia revolucionaria, todavía joven, no era lo suficientemente fuerte para poder oponerse victoriosamente a la máquina gigantesca del engaño burgués-reformista de las masas y del terror blanco. Desde entonces, se ha convertido en una gran fuerza. Apoyándose en la política de paz de la Gran Unión Soviética Socialista,

en los triunfos mundiales e históricos de los bolcheviques, en las experiencias de los trabajadores de los países capitalistas que han pasado por múltiples pruebas, los comunistas están a la cabeza de la lucha contra la guerra imperialista. Y no para que acabe con un nuevo Versalles, sino para que el final de esta guerra sea un verdadero triunfo de los pueblos.



MINISTERIO
DE CULTURA

F. FURNBERG

En Torno a la Unidad de la Clase Obrera

Hace ya más de un año que la rueda mortal de la guerra imperialista está girando sobre millones de hombres. En Polonia han caído decenas de miles de hombres; millones de hombres viven bajo la presión inexorable de la ocupación militar, sufren hambre, no comprenden de dónde provienen estas violencias "naturales" que multiplican su desgracia y no saben qué hacer para defenderse contra ellas. En Noruega han sido destrozadas de un sólo golpe todas las ilusiones de la "neutralidad asegurada"; el país y su pueblo han sido triturados en el choque de las contradicciones imperialistas. Bélgica y Holanda, pequeños países que tenían una industria muy desarrollada y un nivel de vida relativamente alto, no sólo han perdido la última apariencia de su independencia y de su autonomía, no sólo se han transformado en campos de una guerra implacable, sino que se hallan todavía ante la perspectiva de ser destruidos, pedazo a pedazo, en la lucha de las grandes potencias imperialistas. Francia, que, hasta no hace mucho tiempo, parecía una nación rica y poderosa, que disponía de un ejército de cinco millones de hombres, no simplemente ha sido derrotada en la guerra, sino que ha sufrido, gracias a la política y a la traición de su clase gobernante, un derrumbamiento catastrófico, cuyas consecuencias no se han hecho visibles todavía para muchos.

En los países beligerantes, las masas populares viven una tensión nerviosa, que es casi insufrible. De día, diez horas, e incluso más, de intenso trabajo; de noche, reclusión en el refugio y casi toda la noche sin dormir. Para comer y vestir hay sólo lo imprescindible. Y se anuncia oficialmente para un futuro próximo tiempos todavía peores.

En los países capitalistas llamados neutrales, crecen los sufrimientos y la miseria; aumentan igualmente, a pesar de la neutralidad, los gastos de guerra, y ante las masas se plantea esta pregunta angustiosa: ¿Cuándo seremos arrastradas por el torbellino de la guerra?

La vida de las masas populares se ha derrumbado por completo. Ha sucedido lo que a principios de la guerra preveían solamente algunos y lo que las clases gobernantes querían ocultar: los sufrimientos y la miseria, la explotación y la opresión capitalista no se han limitado a crecer, sino que han alcanzado tales formas, que, pa-

ra el pueblo trabajador, constituyen un peligro que amenaza su existencia, que amenaza su vida.

Decenas de millones de hombres que han perdido ya todo por culpa de la guerra. Centenares de miles de hombres huyeron al exilio; lejos del hogar, lejos de la familia. Centenares de miles de hombres se hallan sin trabajo y sin techo. Materialmente han perdido todo, están desarraigados, su existencia ha sido destruída. Centenares de miles de hombres ven ante sí la misma suerte. Millones de hombres han perdido la fe en sus ideales. El Estado en que vivían y al que todos se sentían ligados de alguna manera, ha dejado de existir o vive como una sombra de lo que fue. Los líderes en que ellos creían les han precipitado a una desgracia sin nombre, se han desenmascarado como cobardes y como traidores. Los ideales que seguían han resultado huecos y caducos. Las organizaciones a que pertenecían durante decenas de años están destruídas o corrompidas.

En la conciencia de las masas populares crecen cada vez más estas preguntas: ¿Por qué todo esto, quién es el culpable de la guerra, quién obtiene provecho de ella? ¿Dónde está la salida de este infierno a que nos han llevado? No cabe duda de que en el seno de las masas populares se están forjando, efectivamente, estas preguntas que serán tanto más fuertes y más amenazadoras cuanto más clara esté su respuesta para el pueblo. Hoy, ante los acontecimientos que suceden, las masas se hallan en una encrucijada: pierden la confianza en el pasado sin haber encontrado todavía la nueva orientación. Pierden sus ilusiones; pero aún no han dado con el camino justo.

*
* * *

La segunda guerra imperialista ha puesto de manifiesto la más profunda bancarrota de una clase gobernante que jamás haya conocido la historia. Después de la guerra mundial de 1914-18, la burguesía ha estado prometiendo incansablemente una prosperidad eterna y una mejora permanente de las condiciones de vida. Y, en lugar de ello, ha originado la mayor crisis económica de la historia, ha aumentado desmesuradamente los sufrimientos, la miseria y el hambre. La burguesía ha estado prometiendo al pueblo la paz perpetua y el desarme. Y, en lugar de ello, ha encendido una nueva guerra imperialista que, oscurece con sus crueldades todos los horrores de las guerras pasadas. La burguesía ha estado prometiendo la libertad y la democracia. Y lo que ha establecido es la reacción sangrienta y la dictadura desenfrenada de la guerra.

En los países que se han derrumbado durante el primer año de guerra, la bancarrota de la burguesía es evidente. Ya no puede ser encubierta más tiempo por medio de pagarés falsos con vista al

futuro, porque está demasiado a la vista que el futuro que la burguesía ofrece a las masas en esos países es todavía más oscuro.

No cabe duda de que centenares de miles de hombres en Francia, en Bélgica, en Noruega, han dejado ya de creer que la clase gobernante les sacará de la espantosa situación en que se encuentran.

En los países beligerantes, la burguesía encubre la bancarrota de su política con las exigencias de la guerra. La responsabilidad de la guerra se carga sobre los demás imperialistas; se habla de la necesidad de la defensa. Se anuncia que la dictadura de guerra, las privaciones y las torturas del presente son fenómenos temporales impuestos por el enemigo, y los gobernantes reparten generosamente pagares para el futuro, para el hermoso tiempo que vendrá después de la guerra, en el que ha de reinar la libertad para el propio pueblo y el botín será grande. Pero esta canción ha sido ya cantada, y, después de la primera guerra imperialista, las cosas, como es sabido, fueron completamente distintas. Por esto, la fe de las masas en estas promesas es muy limitada. El pueblo vé cómo la guerra se prolonga, vé que los grandes combates no resuelven nada, que, si bien ha terminado el primer año de guerra, el fin de la guerra es todavía invisible. Y también en los países beligerantes comienza a crecer la duda de si la clase gobernante que ha envuelto al país en la guerra se halla en condiciones de sacar al pueblo de esta guerra, de tal manera que venga la verdadera paz, la libertad para los trabajadores y una mejora efectiva de su situación. La fe en lo que ha sido hasta ahora el orden de las cosas comienza a tambalear aquí también.

Al mismo tiempo, los trabajadores de los países capitalistas ven, por otra parte, que la Unión Soviética, no solamente conserva la paz para sus propios pueblos, sino que en este año ha liberado a veintidos millones de hombres de los horrores del capitalismo y del peligro de la guerra. Ninguna mentira puede ocultar que la Unión Soviética es la fuerza más potente y más activa que lucha por la paz de los pueblos. Bajo la protección del Ejército Rojo, la URSS prosigue la construcción del socialismo, mientras el mundo capitalista convulsiona en su agonía. ¿Acaso es una casualidad que, entre las masas populares, maduren estas preguntas: ¿Por qué allí es posible conservar la paz? ¿Por qué el sistema socialista supone trabajo para todos, asegura a los trabajadores su existencia y les eleva ininterrumpidamente hacia una mejora material y cultural de sus condiciones de vida? ¿No hay ninguna posibilidad, no hay ninguna fuerza que nos lleve también a nosotros a la paz?

Esta fuerza existe. Esta fuerza es la clase obrera.

Los trabajadores, los obreros y los campesinos, no solamente cargan con todo el peso de la guerra, sino que hoy, como ayer, han sido despojados de todos sus derechos. La dictadura de guerra

de la burguesía tiene atribuciones ilimitadas. No hay ya ninguna asamblea libre, ninguna prensa libre, ninguna organización libre. Cada efervescencia de las masas, por ínfima que sea, es ahogada inmediatamente en sangre. La historia de la humanidad no ha conocido jamás un tiempo en que centenares de hombres estén hundidos en las cárceles y en los campos de concentración. La máquina de guerra gravita con todo su peso sobre el pueblo; la violencia en el interior no desmerece al lado de la violencia en el exterior, aunque revista otras formas.

El simple hombre del pueblo se pregunta: ¿Es posible resistir a esta violencia? ¿Los gobernantes no son tan fuertes que puedan yugular en embrión todo intento de protesta? ¿No disponen de la policía, del ejército, de los tribunales, de la prensa, de la radio, en fin, de todo lo que nosotros no tenemos? ¿Dónde está la fuerza capaz de oponerse a todo esto con posibilidades de salir victoriosa en la lucha? Sí; existe una fuerza capaz de dirigir la lucha. Esta fuerza es la clase obrera.

La clase obrera es la clase que puede oponerse a la guerra imperialista y a la dictadura de la burguesía. Está concentrada en las fábricas, y, cuando la dictadura de guerra prohíbe sus organizaciones, utiliza la organización que el capitalismo no puede suprimir: las fábricas, los talleres. Su trabajo es la fuente principal que alimenta, no solamente el capitalismo, sino la guerra. La clase obrera cuenta en su pasado con una experiencia de millares de combates grandes y pequeños, está forjada y templada en la lucha. Lo único que necesita es la certidumbre de su gran fuerza social, la liberación completa de la influencia de la burguesía, la unidad y la solidez de sus filas.

*

* *

En la medida de la rapidez con que la clase obrera consiga establecer la unidad en sus filas en escala nacional e internacional, estará en condiciones de ofrecer resistencia a la explotación implacable, a la pauperización y a la opresión; podrá luchar contra la guerra imperialista, congregará en torno suyo a las masas populares. He aquí por qué los comunistas consideran, precisamente ahora, como su tarea más importante y más decisiva, la creación del Frente Unico y del Frente Popular en la base.

La socialdemocracia ha intentado siempre representar el Frente Unico desde abajo, la fusión de los obreros en las fábricas, en los barrios obreros, en las organizaciones proletarias, como una maniobra de los comunistas, por medio de la cual aspiran a establecer su pretendida "dictadura" sobre el movimiento obrero. Pero esto no es más que una mentira que persigue la finalidad de impedir el Frente Unico y de mantener a la clase obrera bajo la influencia de

la socialdemocracia. La socialdemocracia ha declarado siempre que el Frente Unico es innecesario porque los intereses de la clase obrera están representados por ella y por los sindicatos reformistas y porque, si es necesario y posible un acuerdo con los comunistas, se llegará, efectivamente, a este acuerdo. Los dirigentes socialdemócratas no quieren que la clase obrera se unifique por encima de ellos y se oponen con todas sus fuerzas a dicha unificación.

La clase obrera ha obtenido en los últimos años no pocas experiencias de cómo los líderes socialdemócratas sabotearon el Frente Unico. En primer lugar, se pronunciaron abiertamente, en forma descarada, contra todo Frente Unico. Más tarde, bajo la presión de las masas, que exigían la lucha unificada contra la reacción y el peligro de guerra, declararon que estaban dispuestos a un Frente Unico desde arriba sobre la base de un pacto. Pero, al mismo tiempo, hacían todo lo posible para impedir el Frente Unico desde abajo, la verdadera fusión de las masas, sin la cual el Frente Unico no puede tener ninguna eficacia. A continuación empezaron a quebrantar vergonzosamente acuerdo tras acuerdo para, al fin, destruir por completo el Frente Unico y dirigir, junto con la reacción, la lucha más rabiosa contra los comunistas y los obreros revolucionarios.

A estas experiencias amargas de la clase obrera hay que añadir actualmente las experiencias trágicas de la segunda guerra imperialista. La clase obrera ha comprobado de nuevo, —esta vez en condiciones especiales—, de qué modo la socialdemocracia y los sindicatos reformistas "representan" sus intereses. Todas las conquistas económicas y políticas de los obreros han sido suprimidas con ayuda directa de la socialdemocracia. El peor crimen contra el pueblo trabajador, —la guerra imperialista, con todas sus consecuencias sangrientas—, ha sido cometido gracias a la ayuda de la socialdemocracia. La socialdemocracia se ha puesto al servicio del imperialismo inglés y ha engañado a la clase obrera con su consigna de la guerra "antifascista", por la "democracia y por la libertad", al mismo tiempo, que colaboraba activamente en la liquidación de todos los restos de la democracia y de la libertad. Desde entonces no ha pasado más que un año; pero de las consignas de la socialdemocracia no solamente no ha quedado nada, sino que se ha producido justamente lo contrario de lo que ellas prometían. La socialdemocracia no puede ni soñar hoy con una unidad de la clase obrera dentro de la socialdemocracia, porque la socialdemocracia se halla en quiebra, la II Internacional está muerta.

¿Unidad **con** los partidos socialdemócratas? ¿Cómo es posible la unidad con los partidos socialdemócratas cuando estos aparecen ya total y abiertamente como una parte integrante de la burguesía? Los restos miserables de la socialdemocracia de Polonia, que

junto con sus señores, los "panis" polacos, dejó desamparado a su pueblo, están hoy sentados en el "gobierno" más irrisorio que jamás ha conocido la historia. Allí están en alegre armonía con los peores enemigos del pueblo de Polonia, y, lo mismo que los oficiales polacos, cobran su sueldo vergonzante de los imperialistas ingleses. Los partidos socialdemócratas de Suecia y de Dinamarca despliegan todos los esfuerzos imaginables para constituir un partido único con los partidos burgueses, incluso con los más reaccionarios. Esta es la unidad que ellos quieren. Los De Man belgas, que en plena guerra cambiaron de frente, se abrazan desesperados a su rey y a su reacción y declaran que la tarea consiste en encontrar un lenguaje común con la reacción. El Partido Laborista inglés se sienta en el gobierno de guerra y promete hacer todo lo posible para fortalecer la unidad con la burguesía. La socialdemocracia francesa está fracasada y podrida. Los traidores más bajos y más sucios como Belin figuran en esa coalición de ruines vampiros que es el gobierno de Petain. Después de haber aplastado el movimiento obrero francés, después de haber arrastrado a Francia al abismo, declaran cancelada la lucha de clases porque lo más importante es la unidad con la burguesía traidora. Es evidente que la unidad con los partidos socialdemócratas significaría el sometimiento total a la burguesía, significaría el apoyo a la guerra imperialista. El establecimiento del Frente Unico exige la lucha más implacable contra ellos.

Pero la socialdemocracia no sólo ha sufrido una bancarrota política, no sólo se ha convertido en un apéndice de la burguesía, sino que en una serie de países se ha derrumbado también orgánicamente. No hace mucho tiempo existían aún grandes partidos socialdemócratas en Noruega, en Holanda, en Bélgica, en Francia. Estos partidos están hoy en decadencia, han dejado de existir en su forma anterior. La burocracia socialdemócrata se esfuerza en seguir al servicio de la burguesía. Multiplica sus infamias y su humillación ante las potencias que dominan en los países respectivos. Pero la socialdemocracia como partido está liquidada en estos países. Las cadenas que sujetaban a las masas al poste del régimen burgués se rompen, y las masas socialdemócratas se ven ante una situación que les hace preguntar con angustia: ¿Qué hacer?

Esta pregunta se hace cada vez más apremiante, porque las masas de la socialdemocracia no quieren de ninguna manera la sumisión total a la burguesía, porque no quieren la guerra, porque la maldicen. Los obreros socialdemócratas han seguido hasta ahora a sus dirigentes justamente porque no tenían la certidumbre de que traicionaban a su clase, porque pensaban que sostenían seriamente la lucha contra el capitalismo y que el camino socialdemócrata llevaría seguramente, sin grandes dificultades, sin mayores sufri-

mientos, hasta el socialismo. Ahora, cuando prácticamente está en ruinas todo el mundo en que vivían, cuando los dirigentes de ayer escarnecen sus ideales y los llevan de nuevo a la guerra, es cuando comienza en las cabezas de la masa socialdemócrata un verdadero proceso de transformación.

Sus elementos más activos comienzan a pensar en la necesidad de organizar la lucha del proletariado sin los dirigentes de ayer y en contra de ellos. En la base comienzan a surgir nuevos elementos y nuevas tendencias, que ya no son simple "oposición a la dirección", sino que quieren variar completamente el curso anterior.

Naturalmente, estas tendencias clasistas de oposición se hallan en el comienzo porque la masa socialdemócrata, que está todavía indecisa ante las ruinas del pasado, empieza a confiar con lentitud en la idea de una nueva orientación. En esta situación, los comunistas se dirigen como camaradas a sus hermanos de clase socialdemócratas y les dicen: Hay una sola salida a la encrucijada a que fuisteis arrastrados por vuestros dirigentes: el Frente Único desde abajo.

Los comunistas no han imaginado nunca el Frente Único como una sumisión de los obreros socialdemócratas a los comunistas. Los comunistas no han opinado jamás que en la dirección de la lucha común los obreros socialdemócratas no debiesen tener una participación de igualdad. Al contrario, los comunistas saben perfectamente que el Frente Único, convertido de consigna en realidad, es una obra complicada y múltiple que únicamente puede funcionar cuando está dirigida por hombres. —de arriba a abajo—, que gozan de la confianza de las masas, que están ligados a ellas y se hallan dispuestos, en todas las circunstancias, a sostener la lucha de clases sin compromisos. Por esto, los comunistas tienen la certidumbre de que es indispensable combatir a los dirigentes traidores, y apartarles definitivamente de la dirección, hacer surgir de la misma clase obrera a nuevos dirigentes. Los comunistas no aspiran a ningún privilegio, son incapaces de promover ninguna intriga contra estos hombres limpios y están siempre dispuestos a luchar en común con ellos.

Los comunistas han opinado en todo momento, que la lucha de la clase obrera debe realizarse, en cada país, de acuerdo con las condiciones concretas del país y, por lo tanto, tampoco el Frente Único puede ser realizado según una sola receta para todos los países.

En los países bálticos, la clase obrera, gracias a la ayuda de la Unión Soviética, estaba en condiciones de realizar su Frente Único en la forma más amplia: en la forma de los Soviets. Muchos miembros y funcionarios del Partido Socialdemócrata encontraron allí el camino hacia los comunistas y, junto con ellos, la clase obrera, todo el pueblo unificado en un solo frente. Aunque ésta es la forma

más amplia de la unidad que desean centenares de miles de hombres, los comunistas comprenden que es posible solamente sobre la base de las condiciones especiales.

En Finlandia, donde la socialdemocracia se ha convertido en la vanguardia de la lucha contrarrevolucionaria frente al Estado socialista, los obreros socialdemócratas se agrupan ahora en un movimiento de oposición izquierdista. Ellos han deducido las enseñanzas de la guerra que los guardias blancos finlandeses desencadenaron contra la Unión Soviética por encargo de los imperialistas. Ellos desean, no solamente la paz, sino el restablecimiento de relaciones estrechas, amistosas, con la Unión Soviética, con el País del Socialismo triunfante. Ellos luchan porque la clase obrera se libere de la tutela burguesa y defienda sus intereses de clase, que coinciden con los intereses de todo el pueblo trabajador. Los dirigentes y los miembros de este movimiento son socialdemócratas. La mayoría de ellos pertenecen desde hace muchos años al Partido Socialdemócrata. Pero estos socialdemócratas quieren luchar como verdaderos socialistas. La lucha común con ellos es el Frente Único desde abajo.

El Partido Socialista de Nicole en Suiza está integrado por socialdemócratas, que recientemente fueron expulsados del P. S. de Suiza, por haber llevado consecuentemente su lucha contra la paz civil con la burguesía, por haber actuado contra la guerra imperialista, porque ninguna mentira ni ninguna calumnia ha podido desviarles de su fidelidad al Estado Socialista. Con ello, hicieron nacer el Frente Único desde abajo sin necesidad de establecer ningún pacto con los comunistas, porque los comunistas sostienen la misma lucha.

En Francia, las masas socialdemócratas, a uno y otro lado de la línea de demarcación, han sido abandonadas por los dirigentes socialdemócratas, que entregaron a su suerte a los obreros de la zona ocupada y se fugaron a Vichy o se han retirado a la vida privada en la Riviera, y que, en la zona no ocupada, apoyan a la dictadura reaccionaria. Ante la clase obrera de Francia, ante las masas del pueblo francés, que tanto han sufrido ya durante el último año, se acerca un invierno sin víveres, sin combustibles, sin trabajo. Centenares de miles de hombres siguen en la calle y no pueden volver a su hogar. Por lo que ocurre hoy se puede juzgar qué caos, qué miseria, qué represión sangrienta preparan para el futuro los hombres que están en el gobierno. En esta situación, las masas socialdemócratas no pueden permanecer y no permanecerán pasivas. Los comunistas saben que ésta no es una masa informe, saben que ha salvado los restos de sus organizaciones, saben que los obreros tienen sus delegados que hablan por ellos y que deben actuar dirigiéndolos. Cuando los comunistas franceses hablan hoy del Frente Único desde abajo, no piensan que los socialdemócratas deben,

simplemente, adherirse a los comunistas. Opinan que esos delegados de los obreros, —comunistas, socialistas, miembros de los sindicatos, radicales o sin partido—, deben reunirse como iguales en las fábricas, en las localidades, para resolver cómo se puede modificar la situación en que la burguesía come a mesa y mantel mientras que los obreros sufren hambre, cómo hay que llevar a cabo la lucha contra las persecuciones, cómo hay que romper el sabotaje de la burguesía, cómo se puede replicar a la traición continuada al pueblo francés. Los comunistas no reprocharán a ningún socialdemócrata que haya seguido antes a los dirigentes socialdemócratas cubiertos de oprobio si hoy, en el período de los mayores sufrimientos está dispuesto a participar en la lucha común de los obreros. Los comunistas no quieren que sea destrozado o descompuesto todo lo que ha podido salvarse de las organizaciones sindicales, de las organizaciones obreras, deportivas y culturales; los comunistas quieren que todos los que hoy están dispersos y aislados en organizaciones obreras que representan verdaderamente los intereses del proletariado se agrupen en un frente unificado de lucha. De esta manera, los comunistas desarrollan toda clase de esfuerzos para crear el Frente Único en la base.

En Inglaterra se trata de unir a todos los obreros y funcionarios que están descontentos por la política de "paz civil" con la burguesía, del Partido Laborista, que se oponen a la dictadura de guerra y a la supresión de los derechos democráticos, que luchan contra una situación como la actual, que las masas populares trabajan largas jornadas a cambio de salarios exigüos. mientras los capitalistas aumentan desmesuradamente sus ganancias. Allí, el Frente Único desde abajo aparece en las organizaciones de base de los sindicatos, en el Partido Cooperativista y en las sociedades que luchan por los derechos del pueblo.

En los países reaccionarios, donde la socialdemocracia fué arrojada por la borda hace mucho tiempo, los comunistas luchan contra la violencia y la demagogia de la reacción, que quiere impedir, en todas las circunstancias, la unidad de clase de los obreros. Allí se trata de oponerse al veneno nacionalista de tal manera, que, en la lucha por los intereses diarios en las fábricas, la clase obrera establezca un Frente Único que abarque a los comunistas, a los socialdemócratas, a los sin partido e incluso a los obreros nacionalistas. De este Frente Único puede nacer la fuerza capaz de llevar decididamente la lucha contra la guerra imperialista.

En los Estados Unidos de América, donde la clase obrera está a la cabeza de la lucha contra los instigadores de guerra y los armamentistas, el Frente Único en la base se realiza principalmente en los sindicatos y en la lucha por la unidad dentro del movimiento sindical. La tarea consiste en incluir a la masa de la clase obrera en las organizaciones de masas que luchan contra la rebaja sucesiva

del nivel de vida de las masas trabajadoras y contra la política que quiere arrastrar a los Estados Unidos a la guerra imperialista. Los comunistas dirigen esta lucha, a pesar de las brutales persecuciones, y hacen todo lo posible para que este Frente Unico en la base sea eficaz y poderoso, porque el Frente Unico es la sola fuerza capaz, de agrupar a las masas populares y de dar al desarrollo de los acontecimientos otra dirección: una dirección contra la guerra imperialista.

Es distinta la situación en algunos países latinoamericanos, como por ejemplo, en Chile. Allí, el Frente Unico entre los comunistas y los socialdemócratas se halla realizado de abajo a arriba; allí gracias al Frente Unico, la clase obrera es el eje del Frente Popular. Los comunistas hacen todo lo posible para fortalecer el Frente Unico y el Frente Popular entre las masas y para capacitarlas en la lucha contra la reacción.

No cabe duda de que la creación del Frente Unico en la base es hoy una tarea de toda la clase obrera. Cada obrero consciente que defiende sus intereses y los intereses de su clase entregará todas las fuerzas a la realización del Frente Unico, teniendo en cuenta que los obreros que estaban organizados en la socialdemocracia y en los sindicatos tienen, gracias a su papel tradicional dentro del movimiento obrero, una importancia especial. Por esto, los comunistas se esforzarán incansablemente por ganarlos para el Frente Unico en la base.

En este período de nueva orientación de las masas obreras socialdemócratas, depende de la organización justa y del desarrollo del Frente Unico en la base, que consiga aplastar definitivamente al socialdemocratismo entre la clase obrera.

Sólo si, en efecto, se consigue extirpar el socialdemocratismo del movimiento obrero, será posible impedir que la burguesía, a pesar de su enorme bancarrota, salga nuevamente a flote de esta situación difícil y restablezca su dominio.

En 1918, el socialdemocratismo impidió a la clase obrera el derrocamiento del régimen capitalista. Más tarde, fué el factor decisivo en el fortalecimiento del dominio burgués. En el período de la crisis económica mundial, el socialdemocratismo, que seguía alimentando en la clase obrera el sentimiento de la desconfianza en su propia fuerza, impidió que fuese creada la unidad de acción contra la reacción. Los dirigentes socialdemócratas, en virtud de que el socialdemocratismo era todavía fuerte en el movimiento obrero de los países capitalistas, pudieron ayudar a la caída de la República Popular española por medio de la "No Intervención", pudieron encubrir los preparativos para la guerra imperialista, pudieron arrastrar nuevamente a las masas populares a la guerra. La experiencia demuestra que el socialdemocratismo es el mal fundamental del movimiento

obrero y, si no se consigue extirparlo, la clase obrera, a pesar de todo, pasará por trances todavía peores que en 1918.

La lucha contra el socialdemocratismo está ligada estrechamente a la asimilación de la teoría del marxismo-leninismo por la clase obrera revolucionaria. Precisamente el tiempo turbulento en que vivimos, tan lleno de virajes inesperados, exige de cada obrero revolucionario la asimilación de la teoría del proletariado, la asimilación del marxismo-leninismo. Esta teoría hace comprender las vías del desarrollo social, facilita la orientación justa. Extirpar el socialdemocratismo en la clase obrera y asimilar el marxismo-leninismo son dos facetas de la misma causa. Por esto, ha tenido, tiene y tendrá una importancia decisiva el estudio de la **"Historia del P. C. (b) de la U. R. S. S."**; las experiencias de este partido audaz, temerario y victorioso son insustituibles y sirven de preciosa enseñanza para el movimiento obrero de los países capitalistas.

La lucha contra el socialdemocratismo está ligada inseparablemente a la lucha por el Frente Unico en la base. Liberarse de las ilusiones engañosas del socialdemocratismo, que desarma a la clase obrera al querer desviarla de la lucha de clases y llevarla a la conciliación con la burguesía, significa luchar contra los opresores y los explotadores. Quien emprende el camino de la lucha de clases en lugar del camino de la conciliación de clases que ha originado la situación actual, debe luchar también contra los dirigentes traidores, desemboca en el frente común con los comunistas, puede ser ganado para el Frente Unico desde abajo.

Cuando la clase obrera crea el Frente Unico en la base de acuerdo con las condiciones concretas de cada país, cuando lo refuerza y lo desarrolla, construye también la unidad de acción en escala internacional porque la lucha por los intereses diarios de las masas en los diversos países es, al mismo tiempo, una lucha contra la guerra imperialista. Cuando, en cada país, la clase obrera, por medio del Frente Unico en la base, lucha contra la incitación chovinista, enseña a las masas populares que los culpables de la guerra están en el propio país: de aquí la gran solidaridad proletaria internacional que nace de la unidad de acción internacional. Cuando, en cada país, la clase obrera, a través del Frente Unico en la base, lucha por el apoyo a la política de paz de la Unión Soviética, nace un internacionalismo vivo que surge del hecho de que los intereses de la clase obrera de los países capitalistas coinciden con los de la URSS. De tal manera, la creación del Frente Unico en la base constituye el único camino posible para lograr la unidad de acción internacional de la clase obrera y, con ello, la salida proletaria de la guerra imperialista.

*

*

*

Aunque la clase obrera constituye la única fuerza capaz de determinar la salida de la guerra imperialista y de orientar la lucha en esta dirección, no puede llevar por sí sola esta lucha hasta la victoria. En la gran batalla histórica entre la clase obrera y la burguesía, el proletariado puede vencer únicamente si consigue levantar a todo el pueblo trabajador contra el capitalismo. El final de la guerra imperialista está determinado por el hecho de que la clase obrera consiga arrancar del influjo de la burguesía a las amplias masas del pueblo, —los campesinos y la pequeña burguesía urbana—, y logre ganarlas para su campo. Más aún: la clase obrera no vive separada del resto del pueblo trabajador, no sólo influye sobre las otras capas populares, sino que también es influenciada por ellas, por sus sentimientos y por su espíritu de lucha. Esta es la razón de que la constitución del Frente Unico y la lucha de la clase obrera estén ligadas íntimamente en la lucha por el Frente Popular en la base.

Los intereses de las amplias masas populares coinciden hoy más que nunca con los intereses de la clase obrera. ¿Acaso el campesino, el artesano, el pequeño comerciante no sufren igual que el obrero bajo la carga mortal de la guerra imperialista? ¿No están también sus hijos en el frente; no se hallan igualmente expuestos al peligro de los bombardeos aéreos? ¿No son igualmente exprimidos por el capital financiero hasta la última gota de sangre? Decenas de miles de ellos son hoy proletarizados cuando, de un solo golpe, pierden todo lo que tenían. Cada vez reconocen con más claridad, y esta convicción se acentuará en el transcurso de la guerra, que solamente la unión con la clase obrera significa su salvación.

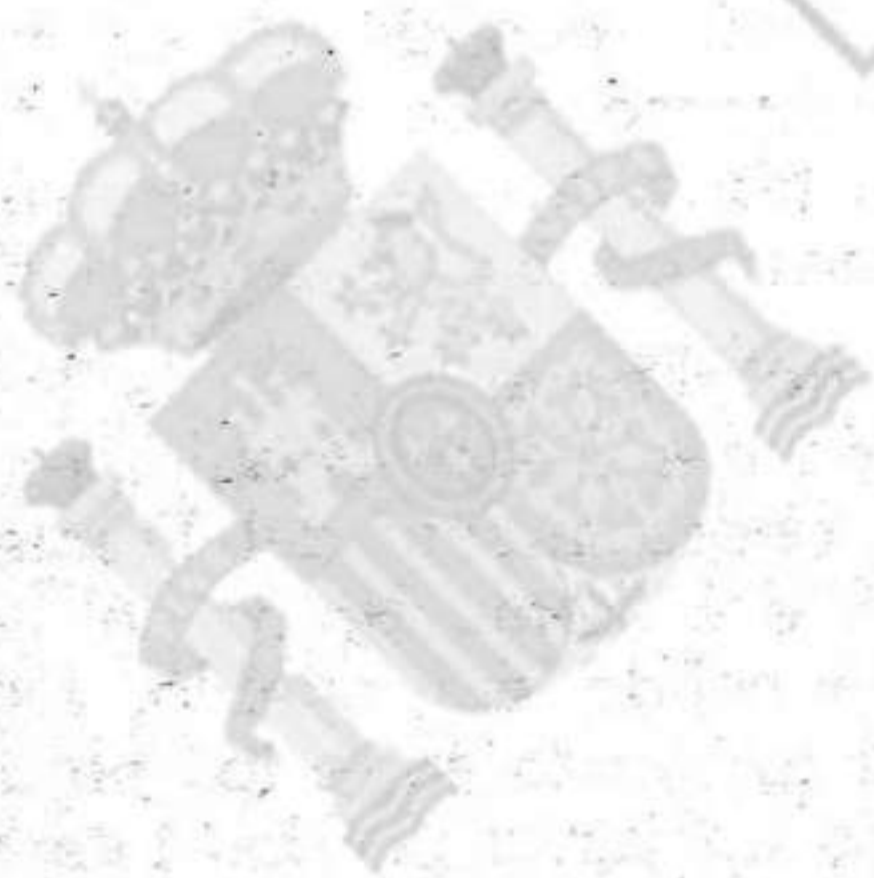
De esta manera, la creación del Frente Unico de los obreros debe ser simultánea a la edificación del Frente Popular en la base. Por otra parte, la edificación y el reforzamiento del Frente Popular desde abajo facilitarán la creación del Frente Unico del proletariado y lo convertirán en un núcleo sólido del pueblo. Este nuevo Frente Popular será forjado, no por un pacto entre los partidos, sino sencilla y textualmente, en la lucha conjunta por los intereses vitales y por la propia existencia de los trabajadores. La misma lucha desarrollará con tanta más rapidez este Frente Popular cuanto más estrecha sea la relación de la clase obrera con todo el pueblo trabajador.

En un país del mundo existe ya hoy la absoluta unidad política y moral de todo el pueblo: en la Unión Soviética, la gran e invencible potencia socialista. Los ojos de los trabajadores de todo el mundo se dirigen, llenos de esperanza, hacia este país, que con su firme y consecuente política de paz muestra toda la enorme diferencia de principio que existe entre el capitalismo y el socialismo. La campaña de mentiras de los capitalistas y de la socialdemocracia contra la Unión Soviética pierde su eficacia según la guerra

imperialista, con todas sus consecuencias, va intensificando los sufrimientos del pueblo. Crece la confianza en la Unión Soviética, y esta confianza es una fuerza poderosa que obra en la dirección de la creación del Frente Unico y del Frente Popular. Por esto, es lógico que, en cada país, el Frente Unico y el Frente Popular apoyen con todas sus fuerzas la política de la Unión Soviética. Por esto, es absolutamente lógico y natural que la clase obrera revolucionaria diga que sólo aquél que apoya a la Unión Soviética y su política, aquél que lucha por la amistad y por las relaciones estrechas con la Unión Soviética, lucha efectivamente por el Frente Unico y por el Frente Popular.

En los días oscuros del presente, que siembran la muerte y la ruina, crece entre las masas populares la fuerza que traerá un porvenir más claro si se consigue crear **ya hoy** el Frente Unico y el Frente Popular desde abajo. Realizar esta tarea es el deber de cada obrero revolucionario.

MINISTERIO
DE CULTURA



E. VARGA

El Hambre en Europa

La población trabajadora de la Europa continental capitalista empieza a pasar hambre. Si la guerra europea continúa un año más, el hambre llegará a extenderse por toda Europa.

Los motivos de la catástrfica escasez de víveres son la mala cosecha del año actual, la imposibilidad de importación de víveres de ultramar y la destrucción directa de las reservas alimenticias por las acciones de guerra, especialmente por los bombardeos de puertos, nudos ferroviarios y centros urbanos.

La prensa burguesa, en general, explica la mala cosecha de este año en la Europa continental como una consecuencia del tiempo desfavorable: fuertes heladas en la primavera, calor y sequía durante el verano. Pero el tiempo inclemente ha podido traer tan graves consecuencias sólo porque la tierra fué mal labrada y abonada a medias, sólo porque fué abandonada la labranza. Esto se refiere tanto a los países beligerantes como a los neutrales.

Todo ello ha sido inevitable. La producción agrícola se realiza, en los países burgueses, por medio de millones de economías individuales, en su mayoría aplastante pequeñas explotaciones campesinas. En Alemania, por ejemplo, había el 17 de mayo de 1939, es decir, poco antes del estallido de la guerra actual, 3.9 millones de economías agrarias y forestales con 0.5 y más hectáreas de superficie utilizable. (*) De un total de 55.3 millones de hectáreas de superficie útil, el 46 por ciento estaba formado por economías de más de 50 hectáreas. El resto, es decir, más de la mitad, eran pequeñas, medianas y grandes economías campesinas. Un reparto todavía mayor de la superficie entre las economías campesinas se observa en Francia, Holanda, Bélgica y los países balcánicos. El hecho de que todos los Estados europeos hayan realizado, con más o menos intensidad, movilizaciones generales, significa que muchos millones de economías campesinas han sido privadas de la mano de obra masculina: el trabajo de las mujeres, de los ancianos, de los niños no ha podido suplir esa ausencia (*) En Alemania, la falta de mano de obra ha sido aliviada por medio de la utilización de los numerosos prisioneros de guerra polacos, franceses, belgas, etc. y por medio de la importación de mano de obra procedente de Bohemia,

(*) Datos publicados en el "Berliner Boersenzeitung" del 23.7.1940.—E.V.

(*) En algunos países —Francia, Bélgica— la situación se ha agravado todavía más aun por la huida de grandes masas de la población campesina.

y Moravia. Además, al trabajo del campo fueron enviados también los estudiantes durante las vacaciones. Un corresponsal del "**Berliner Boersenzeitung**" escribió después de su visita a un campamento estudiantil:

"**Halle a. d. Salle**, principios de agosto. He aquí el "horario" para los días laborables, expuesto en la pizarra del campamento:

A las 5.00 horas: toque de diana, aseo, desayuno (café).

A las 5.40 horas: marcha al campo de trabajo.

A las 18.00 horas: vuelta del trabajo.

A las 18.15 horas: distribución de comida caliente.

A las 19.00 horas: paseo.

A las 22.00 horas: toque de silencio.

En los domingos se puede dormir hasta las 8 horas; el toque de silencio es prorrogado hasta las 23 horas. Con ello se hace notar que es domingo salvo cuando surge algún trabajo urgente, que, naturalmente, desbarata todos los planes".

A esto hay que añadir que en muchos países ha sido requisado para el ejército, no solamente la mano de obra masculina, sino también los caballos, los carros, el forraje, y que la falta de gasolina ha restringido el empleo de los tractores en la agricultura. A todo ello se añade todavía la falta de abonos artificiales: potasio, nitrógeno y fosfatos. De estos abonos, sólo los dos primeros existen en Europa; el abono de fósforo proviene de los fosfatos de ultramar, que hoy faltan. Pero justamente los fosfatos son indispensables para la agricultura. En estas condiciones, era inevitable un empeoramiento de la cosecha aparte del tiempo bueno o malo. El mismo fenómeno se produjo durante la primera guerra mundial, a excepción de Inglaterra, donde, como es sabido, solamente se cultiva una pequeña parte de la tierra en tiempo de paz. En todos los demás países beligerantes de Europa hubo entonces un fuerte retroceso de la producción agrícola.

Todavía no existen datos completos del desarrollo actual de la cosecha en todos los países de Europa, y seguramente no han de publicarse hasta que termine la guerra mundial. Debemos, pues, servirnos de algunas cifras.

El Instituto Agrario Internacional de Roma ha publicado hasta ahora los siguientes datos:

Cosecha de trigo (en millones de quintales métricos)

	Rumanía	Hungría	Italia	Grecia
1939	44.9	30.7	80.0	—
1940	29.9	22.8	73.0	9.3

El descenso en la cosecha no se debe solamente a la disminución de la producción por hectáreas, sino también a la reducción del área cultivada. En Rumania, por ejemplo, se sembraron con

trigo en el otoño de 1939 sólo 3.16 millones de hectáreas contra 3.87 millones de hectáreas en el otoño de 1938: una disminución de cerca de una quinta parte. En estas cifras están incluidos todavía Besarabia y el Norte de Bucovina. Este año, Rumania dispondrá, pues, sólo de excedente muy reducido para la exportación. Las otras especies de cereales se hallan también por debajo de las cifras del año anterior. Sobre la cosecha en los demás países europeos se tienen solamente noticias de los periódicos, que no pintan ningún cuadro completo.

A fines de julio se informaba de **Suecia**:

“Juzgando por los informes sobre el estado actual de la siembra, hay que contar con una cosecha muy mala a consecuencia de la larga sequía, y en algunas partes se teme hasta una pérdida total de la cosecha. En el momento actual, cuando Suecia está desconectada de la importación transoceánica, este hecho es naturalmente grave. Ante la falta de forrajes... se cuenta desde ahora... con la matanza del ganado hasta principios de 1941 en un 15 por ciento”. (*)

Informes sobre la cosecha de **Suiza**:

“En lo que se refiere a la cosecha de cereales, las perspectivas no son muy claras. La siembra de invierno ha sufrido mucho por las grandes heladas y no ha podido ser restablecida hasta el día de hoy” (*)

“El frío y el tiempo demasiado húmedo han influido desfavorablemente y han frenado el desarrollo de la siembra. Sin embargo, se espera que el estado de siembra mejorará todavía y se podrá contar con una cosecha regular. (*)

La cosecha de Hungría no sólo es mala en lo referente al trigo (hecho que ya se conoce por los datos citados más arriba), sino que en todas las demás especies es peor aún que en 1939:

	Centeno	Cebada	Avena
1939	8.7	7.9	3.7
1940	7.5	7.1	3.9

Sólo la cosecha de avena ha alcanzado el nivel del año anterior. La mala cosecha ha tenido como fruto un aumento de los precios: el precio oficial del trigo fué aumentado de 20 a 23 “pongos”.

Particularmente mala es la cosecha de **Francia**. A pesar de no haber datos oficiales, se sabe, en términos generales, que, en otoño

(*) *Neue Zuercher Zeitung* del 2.8.1940.

(*) *“Pester Lloyd”* del 15.6.1940.

(*) *“Tuerkische Post”* del 10.7.1940.

de 1939, la siembra de invierno no abarcó más que la mitad de la superficie de los años precedentes. De los datos del periódico "**Le Petit Dauphinois**" se deduce que la cosecha de cereales en el Departamento de Isere era más o menos, de 450.000 quintales contra 650.000 en el año pasado; en Savoya: 100.000 contra 150.000; en la Alta Savoya: 220.000 contra 350.000; en los Altos Alpes de 100.000 a 110.000 contra 195.000; en Drome: 500.000 contra 850.000. "**Le Petit Dauphinois**" añade que será necesario introducir una severa restricción del consumo del pan. La huida en masa de la población campesina de las regiones del Nordeste, que son las regiones fundamentales del trigo, ha dificultado todavía más la recolección de la cosecha.

También en **Bélgica** la recolección tropieza con grandes dificultades por la huída en masa de la población de los campos. Todo esto demuestra que la Europa continental capitalista recogerá este año una cosecha muy inferior a la de 1939.

La imposibilidad de importación de víveres de los países de ultramar es el segundo factor importante del recrudecimiento del hambre en Europa. Según escribe "**Neue Zürcher Zeitung**" del 15 de agosto, Europa

"está muy lejos, en su conjunto, de poder abastecerse por sí sola con pan y forrajes. Por término medio, el **Continente europeo** importó entre los años 1934-35 y 1936-39 las siguientes cantidades de cereales (en toneladas):

Trigo	Harina	Maíz	Centeno	Avena	Total
5668	473	5014	1580	630	13.365
1587	88	1279	576	123	3.653 (*)

Suponiendo la existencia de unas condiciones normales, la propia producción del Continente europeo necesitaría aun cerca de 10 millones de toneladas de cereales para poder alimentar debidamente a los hombres y ganado durante los doce meses del año".

Pero las condiciones de la Europa actual no pueden de ninguna manera ser consideradas como normales y, en vista de que la cosecha de cereales de este año en el Continente europeo está prevista como inferior a la cosecha media, la necesidad de importar cereales de fuera de Europa será todavía más apremiante que en los años anteriores.

"Si la cosecha de Europa —continúa el mismo periódico es inferior en un 5 por ciento a la cosecha normal, esto significará un déficit de más de 6 millones de toneladas, porque en el año 1937, por ejemplo, el volumen de la cosecha de trigo, centeno, cebada, maíz y avena

(*) Estas cifras provienen de la misma Europa (Estados orientales).

fue de más de 120 millones de toneladas. De esta manera, habrá que importar de las regiones no europeas de 15 a 16 millones de toneladas”.

Según una estadística del **“International Yearbook of Agricultural Statistics 1938-39”**, la importación de víveres en Europa fué en los últimos años:

Importación continental europea de ultramar:
(en 1000 toneladas)

Cereales	1937	1938
(trigo, centeno, avena, maíz, cebada)	17.321	15.202
	1.156	983
Grasas		
(manteca y aceite vegetal)	227	224
	194	207

La importación de cereales de ultramar no fué, en comparación con la cosecha europea, relativamente grande. Pero la importación estuvo concentrada en algunos países de la Europa occidental: Inglaterra —cuya importación no está incluida en las cifras arriba mencionadas—, Bélgica, Holanda, Dinamarca. La producción lechera de Holanda y de Dinamarca así como la cría de cerdos de Dinamarca dependían de la importación de forrajes de ultramar. Ahora todo esto deberá ser reducido de acuerdo con la nueva situación. El **“Berliner Boersenzeitung”** el 6.7 escribía sobre Holanda:

“Por la imposibilidad de importación de forrajes de ultramar, se debe proceder a una reorganización. Necesariamente habrá que reducir el número de cabezas de ganado hasta los límites que permita la producción propia de forraje a fin de asegurar, ante todo, a la población con cereales de pan”.

La falta de forraje para el ganado se convierte gradualmente en una falta de carne y de grasa para los hombres. Por lo tanto, la imposibilidad de la importación ultramarina de semillas oleaginosas, de grasas, de aceite, se hará sentir en medida más fuerte aún. A esto se añade la falta de aceite de ballena, porque la pesca de la ballena se ha hecho imposible por el bloqueo inglés.

¿Cuántos víveres son destruidos por las acciones de guerra? Es difícil que nuestros conocimientos puedan establecer un cálculo exacto sobre ese extremo; pero se trata, indudablemente, de cantidades considerables. La destrucción de la cosecha madura bajo el paso de las divisiones motorizadas por los campos y la pérdida de la cosecha por la falta de mano de obra (Bélgica, Norte de Francia), los incendios a consecuencia de los ametrallamientos y de los bombardeos, la inundación de vastos territorios en Holanda, el hundimiento en el mar de transportes cargados de víveres, la destrucción

de depósitos de víveres en los puertos, en las estaciones ferroviarias, en los molinos, etcétera, por medio de los ataques aéreos: todo esto supone un enorme total de pérdidas; pero faltan las bases necesarias para establecer un cálculo.

Y, mientras que en el Continente europeo reina una falta creciente de víveres, en los países de ultramar hay excedentes inmensos de productos agrícolas que no pueden ser vendidos. Esto se refiere en primer término a los países de la América del Sur, cuyos sobrantes en productos agrícolas encontraron siempre su mercado de venta en Europa. Igual que durante la crisis de los años 1929-1933, la destrucción de productos agrícolas en ultramar reviste nuevamente grandes proporciones.

Sobre la destrucción del maíz, en la Argentina leemos:

“De las declaraciones del Ministerio de Hacienda argentino sobre la quema de 6 millones de toneladas de la cosecha de maíz de este año resulta que las negociaciones para la realización de este plan, en la que participan expertos de diversos ministerios, van ya adelantadas. Se calcula que, de los 7 millones de toneladas de maíz de que todavía se dispone, en el curso de este año podrá ser exportado un millón de toneladas como máximo, después de descontar la cantidad que se necesita para el consumo del interior. A fin de no tener ninguna reserva para el próximo año de cosecha y, al mismo tiempo para economizar divisas en la importación de combustibles, 6 millones de toneladas de maíz deberán ser utilizadas como combustible en las fábricas, ferrocarriles, etc. Como el actual precio del maíz (cerca de 44 pesos por tonelada) no corresponde al precio del carbón, el gobierno pagará un subsidio a los campesinos que vendan su maíz en calidad de combustible o a los industriales que lo adquieran con esta finalidad. (*)

En el Brasil están cada vez más llenos los depósitos de café. El gobierno comprará este año a los plantadores por lo menos 7 millones de sacos de café y los “retirará de la circulación”, es decir, los destruirá. Y esto ocurre cuando la población de Europa —sobre todo, en Italia y Alemania, donde el café es una bebida popular— debe renunciar por completo al café.

Pero también en las zonas próximas a Europa, como el Norte de África, la guerra impide la venta de los productos agrícolas. Así, el Buró de Información Alemán comunica desde Tánger el 30.6.1940:

....“La situación en el Norte del Africa francesa se hace cada día más difícil a consecuencia del bloqueo británico. Los productos que hasta hoy iban de Marruecos a Francia han perdido la posibilidad de ser exportados. Por otra parte, en las regiones mencionadas faltan productos de la Metrópoli francesa, sin que haya posibilidad de substituirlos”.

A consecuencia del transporte de artículos agrícolas para Europa, ya no existen hoy los precios únicos en el mercado mundial.

(*) “Neue Zuercher Zeitung” del 28.7.1940.

Existe un movimiento particular de los precios de productos agrícolas en ultramar y otro movimiento distinto en Europa. Los precios bajan en ultramar; en Europa suben. He aquí algunos ejemplos: (*)

	Junio 1939	Junio 1940
Trigo: Budapest (pongo por 100 kg.)	19.9	20.8
Braila (lei por 100 kg.)	433	625
Centeno Braila (lei por 100 kg.)	359	460
Maíz Braila (lei por 100 kg.)	400	520

En cambio, en la Argentina, han bajado fuertemente los precios de los cereales. En los Estados Unidos y en el Canadá, que venden sus productos especialmente a Inglaterra, los precios se mantienen más o menos al bajo nivel del año pasado.

*
* *

Los trabajadores son, sobre todo, quienes deben pagar las consecuencias de la guerra. Las clases que dominan en los países beligerantes ponen en marcha todos los recursos para ganar la guerra, sin tener en cuenta la situación de las masas trabajadoras. La guerra se hace por las dos partes como una guerra "totalitaria", es decir, no solamente contra los ejércitos, la flota y la aviación del adversario, sino contra toda la retaguardia de la parte enemiga. En la guerra actual cada combatiente del frente exige el trabajo de 6-8 obreros en la retaguardia. (*) Por esto, la retaguardia no es menos importante y decisiva para la marcha de la guerra que los mismos ejércitos combatientes.

Inglaterra impide las importaciones de ultramar para todo el Continente de Europa, incluso para sus ex-aliados —Francia, Holanda, Bélgica, Noruega— porque parte del punto de vista de que los víveres y materias primas introducidos favorecen —directa o indirectamente— al mando alemán de la guerra. Alemania, por su parte, somete a la población civil de los territorios ocupados por ella —en interés de la guerra— a las mismas o más fuertes restricciones de consumo que a la población civil alemana (*).

(*) Según la "Revue International d'Agriculture" del Instituto Agrario de Roma, junio de 1940.

(*) En el cálculo no entra solamente el número de obreros civiles necesarios para el abastecimiento de un combatiente del frente, sino también los movilizados que trabajan en la retaguardia para el frente.

(*) Como es sabido, el "Consumidor normal" alemán recibe con su cartilla cerca de la mitad de la ración de grasa, carne y azúcar, que recibía antes de la guerra. Los obreros de la industria pesada reciben, en forma de comidas preparadas en la misma fábrica, cerca del doble, es decir, la ración de tiempo de paz; los obreros de trabajos peligrosos reciben aún más.

Así, por ejemplo, el Comisario General para la economía de Holanda, Fischboeck, ha declarado en la prensa de este país: (*)

“Se impone un racionamiento de los productos alimenticios más importantes y su reparto proporcional por medio de cartillas. El Comisario del Reich declaró que el pueblo holandés tiene los mismos derechos y los mismos deberes que el pueblo alemán; por ello, el pueblo holandés manifestará la necesaria comprensión sobre si debe restringir o no su consumo igual que el pueblo alemán”.

En efecto, desde el 17.6 fueron racionados el pan y la harina en Holanda. Una correspondencia de La Haya escrita con muchas precauciones dice: (*)

“Desde hoy se introduce en Holanda el racionamiento del pan y de la harina. Por ahora quedan fuera de la tasa los bizcochos, las galletas, etc. La ración ha sido fijada en 2 kilos de pan por persona y por semana; para los obreros de trabajo duro está prevista, además, una ración suplementaria del 50 por ciento y, en casos especiales, hasta del 100 por ciento. La mayoría de las economías caseras podrán, pues, arreglarse con la cantidad indicada de pan, particularmente si introducen pequeños cambios en la alimentación, por ejemplo, si emplean más patatas que hasta ahora. Desaparecerá el pan blanco de pura harina de trigo, tan gustado en Holanda, porque el cereal será molido más fuertemente que hasta hoy y, además, se le añadirá un suplemento de centeno y de harina de patatas”.

Simultáneamente, una parte de la producción alimenticia de Holanda es transportada a Alemania. “Berliner Boersenzeitung” del 28.6.1940 escribía:

“En el cultivo de las huertas ha sido realizado algo ejemplar inmediatamente después de la ocupación. A pesar de los puentes y de los ferrocarriles destruidos, se ha logrado, dentro del plazo más breve, no solamente volver a poner en marcha la exportación de hortalizas de Holanda que hasta hoy iba a Alemania, sino más aún: se ha conseguido enviar también al territorio del Reich la parte que hasta ahora se exportaba a los países enemigos. Desde hace varias semanas, más de cien vagones ferroviarios salen diariamente de Holanda para el Reich”.

Una restricción análoga de la alimentación se efectúa también en Bélgica. Leemos sobre este asunto en “Neue Zurcher Zeitung” del 17.7.1940:

“Entre los numerosos decretos que han sido o van a ser dictados en el terreno de la alimentación, mencionamos la prohibición de utilizar el centeno para forraje, que debe seguir al decreto ya promulgado sobre el empleo del trigo; además, seguirán restricciones en cuanto a la elabora-

(*) “Berliner Boersenzeitung” del 6.7.1940.

(**) “Neue Zurcher Zeitung” del 26.6.1940.

ción de artículos de harina, cerveza, alcohol y anexos, que se producen necesariamente a costa de cereales. Por lo tanto, será imprescindible, de ahora en adelante, adaptar el número de cabezas de ganado a la cantidad de forraje disponible, habiendo que pensar en primera línea en la reducción de las aves y de la cría de cerdos... El rebaño de ganado vacuno podrá mantenerse intacto durante más tiempo: aquí se quiere conseguir, ante todo, una economía de forraje por medio de la prohibición de la cría de terneros. Pero, si esta medida no basta, habrá que reducir también el ganado vacuno. La población ha de aceptar restricciones en el consumo de la leche. Igualmente, la producción de margarina deberá ser fuertemente restringida durante los meses de verano a fin de poder guardar las materias primas con vistas al invierno falto de manteca.”

Un reparto proporcional de los víveres más importantes significa, como decía Lenin, “el hambre organizada” para los trabajadores, especialmente para el proletariado, los empleados públicos, etcétera, de las ciudades. Los terratenientes, los campesinos ricos, hasta los campesinos medios, encuentran siempre, incluso en la mejor organización del reparto de productos, los medios y las vías para alimentarse con su propia producción. Los ricos de las ciudades pueden completar la ración de víveres con la adquisición de comestibles caros no racionados como las aves de caza, el pescado, las legumbres, la fruta, etcétera; ellos tienen también facilidad para encontrar en el campo por medio de sus familiares y de sus amigos, por medio de sus “relaciones”, víveres suplementarios; pueden comer en los restaurantes de lujo, etc. Los ricos no sufren jamás hambre, ni siquiera durante la guerra. El hambre y las privaciones durante la guerra son el destino sólo de los proletarios, de los trabajadores, raciones correspondientes, o que con frecuencia no disponen ni de los ingresos necesarios para poder adquirir esos víveres racionados. Los pobres necesitan para poder adquirir esos víveres racionados.

Con el estallido de la guerra se ha alzado una ola de carestía en Europa, que, especialmente a consecuencia de la mala cosecha y de la extensión del bloqueo inglés a toda la Europa continental, continúa en crecimiento constante.

La guerra ha producido un rápido empeoramiento del nivel de vida del pueblo no sólo en la Europa continental, sino también en Inglaterra. Esto se refleja claramente en los siguientes datos: el índice oficial de vida ha aumentado entre agosto de 1939 y junio de 1940, en cerca de un 17 por ciento; pero la circulación del pequeño comercio no ha subido más que en un 2 por ciento. Es decir, que la población ha adquirido un 15 por ciento menos de productos que antes de la guerra. Pero, como quiera que los ricos no compran menos que antes, el descenso del consumo de los trabajadores es mayor aún. Si tenemos en cuenta que los obreros trabajan actualmente en Inglaterra de 60 a 84 horas en vez de las 44 horas semanales anteriores y que, además, son interrumpidos en su sueño por los permanentes bombardeos nocturnos, se verá todavía con más

claridad el empeoramiento de la situación de la clase obrera inglesa.

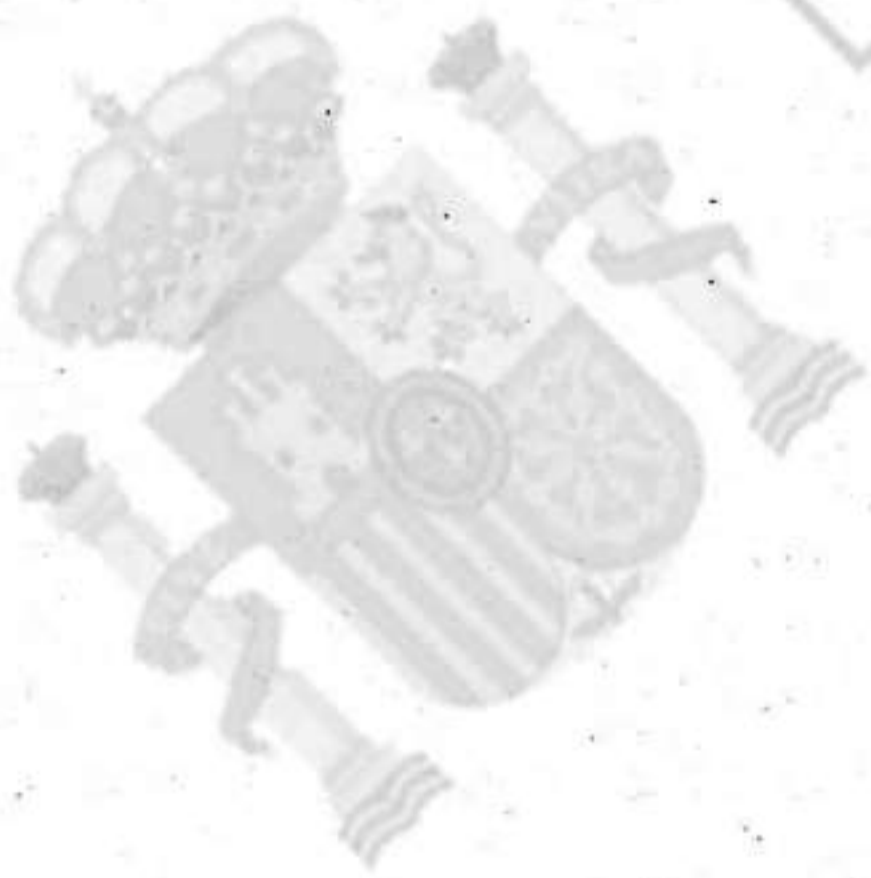
*

*

*

El primer año de guerra ha llevado a Europa o, más exactamente, al proletariado de Europa, al borde del hambre. Las conquistas que la clase obrera había logrado después de la primera guerra imperialista, de nuevo se han perdido íntegramente en esta guerra. Millones y millones de proletarios son entregados al hambre, a la miseria, a la muerte en los campos de batalla, a la invalidez y a las enfermedades dañinas, para que decidan el dilema de si los pueblos coloniales deben ser explotados por el imperialismo inglés o por el imperialismo alemán.

Los pueblos hambrientos son, pues, las víctimas del imperialismo. La guerra despoja a los trabajadores no solamente de la libertad y la vida, sino también del pan. La lucha por el pan y por la libertad se convierte así cada vez más en una lucha inmediata contra la guerra imperialista y contra el sistema capitalista, que significa el hambre, la esclavitud y la guerra.



El Estado y la Revolución.—V. I. LENIN. (Empastado, 122 páginas)	\$ 1.50
El País del Socialismo Hoy y Mañana (Informes y Discursos del XVIII Congreso del P. C. (b) de la URSS). Empastado 522 páginas	4.00
¿Qué Hacer.—V. I. LENIN (Empastado, 208 páginas)	2.00
Problemas del Frente Unico y del Frente Popular.—J. DIMITROF. (Rústica. 256 páginas)	2.50
Informe Sobre el Proyecto de la Constitución de la URSS, precedida del Informe de José Stalin. (Empastado. 88 páginas)	1.00
Sobre el Materialismo Diaéctico y el Materialismo Histórico. JOSE STALIN. (Rústica. 48 páginas)	0.25
Tierras Liberadas. (Ucrania y Bielorrusia).—J. MIRO. (Rústica. 60 páginas)	0.90
El sexagésimo Aniversario de Stalin.— M. KALININ. (Empastado, 102 páginas)	1.25
El Camaraña Stalin.—Em. YAROSLAVSKY. (Empastado. 176 páginas)	1.50
José Stalin. Esbozo Biográfico. Redacción del “Instituto Marx-Engels-Lenin”, de Moscú. (Empastado. Profusamente ilustrado con diversos cuadros en policromía. 104 páginas)....	2.00
Lenin.—JOSE STALIN. Un volumen lujosamente empastado e ilustrado	5.00

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales

Editorial Poplar

Ediciones Morelos

APARTADO 2352

MEXICO, D. F.

OBRAS ESCOGIDAS

POR V. L. LENIN

La doctrina de Marx, Engels, Lenin y Stalin es un arma poderosa en manos de las masas trabajadoras que luchan por el triunfo del comunismo. Por eso el "Instituto Marx-Engels-Lenin" de Moscú acaba de hacer una selección de la vasta, múltiple y genial obra de Lenin, para ser publicada en cuatro volúmenes, de los cuales el primero ha sido puesto en circulación. Estas obras, incluidas en dichos cuatro volúmenes, exponen las etapas fundamentales del desarrollo histórico del bolchevismo, exponen el marxismo-leninismo en acción.

Tomo 1. Lujosamente empastado, 492 páginas, \$ 4.00

Pedidos a:

FONDO DE CULTURA POPULAR, S. C.

Ediciones Sociales
APARTADO 2352

Editorial Popular

Ediciones Morelos
MEXICO, D. F.

LA INTERNACIONAL COMUNISTA

R E V I S T A M E N S U A L

Precio de cada ejemplar:

En México, 20 centavos

En los Estados Unidos y demás países, \$ 0.10 (dólar)

Pedidos en México a: Fondo de Cultura Popular, S. C., Apartado 2352, México, D. F.

Chile a: D. I. A. P. — Distribuidora Ibero-Americana de Publicaciones. — Moneda 702. — Casilla 13.201. Santiago, Chile.

Cuba a: Editorial Páginas, Apartado 2213, La Habana, Cuba

Estados Unidos de América a: Workers Library Publishers, 39 East 12th Street, Nueva York, U. S. A.

Uruguay a: Librería América. Eduardo Acevedo 1450, Montevideo, Uruguay.